

Año XXI.

Madrid, Jueves 9 de Febrero de 1911.

Núm. 6



Los señores que niegan la paternidad del mono.

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS de la Corte Celestial

Hemos repartido el segundo folleto de este título, 9.º de la 2.ª Serie.

Hojas cuaresmales

Estamos preparando Siete Hojitas, una para cada semana de la presente cuaresma, con el fin de oponer un modesto dique al devastador torrente de impiedad que amenaza inundar con sus aguas pestilentes la patria de Recaredo y hacer zozobrar la barquilla de Pedro el Pescador.

Se repartirá á tiempo la correspondiente á cada semana, empezando por las del Domingo de Carnaval y Miércoles de Ceniza, que pueden pedir juntas quienes las deseen.

Entretanto, quedamos rogando al Cielo que, si entra en sus altos designios, inspire á los fieles la santa idea de acoger las "Hojas Cuaresmales" con tanto celo como han acogido las "Hojitas Piadosas", llegando en su fervor á recibir palos y bofetadas por adquirir las. Amén.

A Nicolás Estévanez

Pues como íbamos diciendo, amigo querido, yo me he pasado la vida reñendo, unas veces por causa de los que *veían* constantemente la República en puerta sin haber hecho nada por traerla, y otras por los que *oían* la voz de su interés antes que la del patriotismo.

Y hecha esta confesión, no por arrepentimiento ni con propósito de enmienda, voy á confiarle á usted algo de lo que me he dicho alguna vez á solas:

La política es el vicio más arraigado en el hombre, y, por tanto, el único que le dura hasta cinco ó seis minutos después de muerto. Todos los demás desaparecen, unos por falta de medios, otros por carencia de aptitudes para satisfacerlos. El de la política no; pudiendo mover la lengua ó la pluma, nadie se resigna á abandonarlo.

Yo, por ejemplo, debí haberme retirado definitivamente de la política el día que los republicanos de la Unión, reunidos en Asamblea en la calle de los Abades, corearon lacayunamente la excomunión que me lanzó el jefe fabricado por mí; acto que me convenció de

que es mentira eso de que el asco mate, pues seguí viviendo.

Muchos de los que aprobaron mi expulsión, habían convenido conmigo la tarde antes en que hice divinamente dirigiendo al Sr. Salmerón aquella *Carta abierta*, que tanto dió que hablar; ninguno, sin embargo, se atrevió á pronunciar en la Asamblea una sola palabra que pudiera interpretarse en defensa mía. Verdad es que se aproximaban unas elecciones.

Por cierto que hace pocos días tropecé con la dichosa *Carta*, la lei, y quedéme admirado de que produjese aquel efecto. ¡Qué respetuosa para el Sr. Salmerón y qué bien razonada!... Ni una sílaba ofensiva, ni un calificativo duro, ni una censura, ni un apóstrofo... En todas sus letras palpitaba únicamente este deseo: que el Sr. Salmerón respondiese á las esperanzas que había despertado el 25 de Marzo de 1903.

Cuando recuerdo lo que más tarde le dijeron casi todos los que aquel día vergonzoso le adularon, las injurias que le escupieron al rostro y los epítetos crueles que le aplicaron, llego á creermelo más comedido de los republicanos, el prototipo de la cortesanía periodística, el fenix de la corrección política...

Sí, querido Estévanez; yo debí haberme retirado de la política republicana aquel día, máxime no aspirando, como nunca aspiré, á cargo ni representación alguna, y no debiéndole otras satisfacciones que las tristes que me ha proporcionado el acertar, siempre que me he propasado á aplaudir. ¿Que por qué no lo hice? Por ocurrirme con la idea republicana lo que al gitano aquel que, golpeando el yunque, disparaba esta seguidilla á la ingrata que le tenía robado el corazón:

Tú me tiés á mí
como San Lorenzo;
achicharraito por un lao y por otro
y siempre contento.

Me parece, ciudadano Estévanez, que después de este pesadito preámbulo, no se atreverá usted á proclamarse especialista en incongruencias.

Porque lo que yo me había propuesto decirle no era nada de esto, sino lo que, en opinión mía, nos ha traído á este horrible estado de confusión y desconcierto, que es el haber vivido desde hace tiempo en República.

¿Se cree esto una paradoja? Pues comparemos los cargos y funciones que hemos ejercido y ejercemos en el organismo que cada fracción tiene para andar por casa, con los que hubiéramos desempeñado en la República de verdad.

Presidente del Consejo de ministros.—El jefe de cada fracción.

Ministros.—Los miembros del Directorio ó Consejo, y los diputados.

Gobernadores.—Los presidentes de los organismos provinciales.

Personal de los gobiernos.—Los vicepresidentes y vocales de esos organismos.

Alcaldes.—El presidente de Comité en cada localidad.

Concejales.—Los vocales de ídem.

Cortes.—Las Asambleas, y en su defecto las Juntas Centrales.

Gaceta.—El periódico órgano de cada jefe.

Legislación.—El programa respectivo de cada fracción.

Alianzas.—Las pactadas entre las diferentes fracciones para elegir diputados y concejales.

Guerras civiles.—Las sostenidas entre fracción y fracción y que en ocasiones han dado vida á otra nueva.

Empleados.—Los secretarios, bibliotecarios, contadores y tesoreros de Comités y Casinos.

Tributos.—Los acordados para sostener periódicos oficiales, pagar viajes á los oradores, dar banquetes al jefe ó sus delegados, etc., etc.

Festejos públicos.—Las tómbolas, meriendas patrióticas, vinos de honor, banquetes, veladas, bailes, músicas, etcétera.

Besamanos.—Las recepciones que se le hacen á todo jefe ó diputado que se digna visitar una población cualquiera.

Camarillas.—Los que rodean á cada jefe secundando sus caprichos para alcanzar su favor.

Ejecuciones.—Las llevadas á cabo moralmente en todo aquel que no se presta al juego.

Tratamientos.—En vez del de su majestad, ó augusto soberano, los de ilustré, eximio, eminente, integérrimo, y otros de ese calibre, que prodigamos sin medida.

Y dígame usted ahora qué otra cosa tendríamos, aparte lo de cobrar, si hubiese venido la República de veras. Esto mismo, un poquito ampliado.

Por esto no hemos hecho ni hacemos todo lo que deberíamos hacer para traerla. Somos muy modestos, y nos contentamos con parodiar en familia lo que podríamos imponer en beneficio de la patria, ó procurar imponerlo al menos; *pero de verdad*. Y, claro; como las cuestiones de familia son las que revisten siempre carácter más violento y las más enconadas, cuando se agota entre nosotros un pretexto para reñir, buscamos otro; y por esta razón estamos ahora empeñados en demostrar que la moral puede huir de España, como hu-yó de Grecia, según la canción bufa, á la sola sospecha de que uno ó varios concejales de Barcelona resulten unos *ladroncillos*, como dice usted en su carta, tan donosa como exuberante de buen sentido.

Y sin que yo trate de defenderlos ahora, y prometiendo condenarlos duramente si por fin se comprobare que eran tales, debo recordar á usted un sucedido, que tal vez no haya olvidado, y que demuestra que las ideas de moral, como todo en el mundo, sufren sus cambios y tienen sus contratiempos.

Corrió como cierto allá por el 69, que

se presentó al general Prim una comisión de altos empleados, escrupulosos de conciencia y liberales todos, pidiéndole que relevara de un alto cargo que desempeñaba, á un don R. M. (suprimo el nombre, por si dejó algún hijo á quien pudiera molestarle el recuerdo), pretextando que sus manos no estaban del todo limpias, según se susurraba.

Oyó el general con mucha atención la arenga del honrado que llevaba la voz cantante, y preguntó después con mucha calma:

—Diga usted, don Fu'ano, porque no lo recuerdo en este instante; ¿en qué punto del extranjero estuvo usted emigrado desde Enero del 66 hasta que triunfó la revolución?

—En ninguno, mi general; yo no salí de España.

—¡Ah! Es verdad. ¿Y usted? ¿Y usted?—siguió preguntando á todos.

Y todos contestaron como el primero.

—Bien; pero al menos todos ustedes contribuirían á sostener á los emigrados que se habían jugado la vida, ó perdido la carrera, ó gastado su fortuna porque triunfase la revolución que hoy ustedes usufructúan.

—Mi general, nosotros...

—¿Y cómo, no habiendo ustedes hecho nada mientras ese hombre de que me hablan vendió cuanto tenía para ayudarme á mantener los emigrados, y entró en España á conspirar cuantas veces se lo indicó estando condenado á muerte, se atreven ahora á pedirme que lo destituya de su cargo en nombre de la moral, que ustedes olvidaron como políticos y como liberales? Que no me pida ese hombre el arzobispado de Toledo, porque inmediatamente se lo doy, á pesar de ser casado. Pueden ustedes retirarse.

La lección fué tan dura como merecida. Luego, á solas con el acusado, lo trataría Prim como acostumbraba en sus arranques soberbios. Pero no les dió á sus enemigos la satisfacción de corear sus odios ni halagó sus escrúpulos.

¿Que para poder hablar de aquel modo era preciso haber hecho una revolución, y que no hay paridad entre el caso aquél y lo que se debate ahora? ¿Quién lo niega? Mas yo no lo he recordado por nada de eso, sino para demostrar que las ideas sobre la moral no son eternas ni absolutas, y que hasta cambian según quien las emite.

(Un paréntesis. Creo, amigo Estévanez, que he debido yo abrirlo aquí, para indignarme furiosamente contra aquel general español que tenía ideas tan absurdas sobre la moral, ó decir siquiera que no me había convencido; pero, la verdad, me siento incapaz de hacerlo. Bastante sacrificio hago con no aplaudirle. Así es que lo cierro, y entro por fin en materia.)

Como le dije hace dos números, voy perdiendo la brújula, y no sé ya qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer; pero

como todos dicen, aunque no piensen ni hagan, voy yo, por no desentonar, á reanudar la propaganda que interrumpí al entrar en la cárcel en Junio de 1906.

Y al efecto, reproduzco en el número de hoy, en la Sección de *Cosas que he dicho*, el folleto que publiqué defendiendo *La dictadura republicana*, por estar cada día más convencido de que sin la compenetración del *Pueblo* y el *Ejército*, nada progresivo ni con carácter de estabilidad puede hacerse aquí.

Sospecho, ¿qué es sospechar?, aseguro que lucharé sólo en pro de esta idea; que me excomulgarán los priores de todas las órdenes republicanas, en nombre de la Democracia, de la Supremacía del poder civil, y de otras frases de repertorio; mas yo proseguiré impetritito mi propaganda, mientras no se me pruebe *prácticamente* que estoy equivocado, trayendo la República por los procedimientos de matar Mauras y combatir al Ejército.

Pues cuando esto suceda, no solamente confesaré mi error, sino que ayudaré á consolidar la obra con el desinterés que siempre puse en todos mis actos. Y juro que no sentiré ni la más leve molestia por haberme equivocado. Precisamente no aspiro á otra gloria en política que á la de equivocarme en lo fundamental. Juzgando á personas importantes, me he equivocado siempre que he pensado bien de alguna. Por esto desseo equivocarme hoy en mi vaticinio de que la República no vendrá siguiendo por el camino que vamos. Nadie puede imaginarse el gusto con que oiría estos reproches:

«¡Mentecato! ¿Ves como entre los hombres de talla del partido había abnegados, patriotas y grandes políticos?» ¿Te convenes de que aquellas divisiones irreductibles de que nos hablabas sólo existían en tu imaginación únicamente? El día que esto oyera, sería el más feliz de mi vida.

Pero sospecho que estará usted ya cansado de leer incongruencias, y voy á terminar diciéndole:

Si al repasar estos renglones cruzase por su cerebro la idea de que estoy desilucionado completamente y amenazado de la parálisis del escepticismo, deséchele usted. Mi fe en el ideal no se amortigua: soy más republicano cada día.

Yo no diré nunca, como don Quijote, que «en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño», ni «que ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería»; ni que «conozco sus disparates y sus embelecos»; ni que, «escarmentado en cabeza propia, las abomino». No. Lo que puede ocurrirme, si continúa este desconcierto en el republicanismo, y oigo decir á alguien lo que él al muchacho que disputaba con otro por una jaula de grillos, *no la verás en todos los días de tu vida*, es creer que alude á la República, y exclamar con el apaleado por los galeotes que libertó: *Malum signum, malum signum*. Y no volver á salir de mi rincón,

desesperanzado, no de que no venga, sino de que llegue á tiempo de verla yo.

Porque esto, amigo Estévanez, sería un acabar mediano, después de una vida de lucha incesante; vida en la que apenas he tenido otras alegrías que las del trabajo, si bien no me ha faltado jamás la satisfacción interior que recomiendan las sabias ordenanzas. ¿Pero qué hacerle, si las pesas cayeran así?

Afortunadamente, y en compensación justa, disfrutaré en otra vida, y por toda una eternidad, del placer de no pasar frío, y de pensar filosóficamente, tumbado sobre la cama de a fileres, en lo imbécil que fui en ésta, donde pude haberme dedicado al oficio de usurero, bandido, agiotista, clerical, ó cualquiera otro de esos que le ponen á uno en condiciones de dejar á la Iglesia unos miles de pesetas para que se apresure á abrirnos las puertas del cielo.

Y en todo caso, á mal darse la cosa, hubiera podido, por lo menos, ser cura, canónigo, fraile, obispo, profesiones para las que no se exige ciencia ni virtud, pero que dan honra y provecho acá abajo y deleites inconcebibles é interminables allá arriba.

Y no cansando más por hoy, me repito suyo, etc., etc.

JOSÉ NAKENS

Postdata. Como hábil periodista, ha rehuído usted contestar á mi pregunta: «¿A qué fracción ayudo, puesto que todas dicen que van á traer la República?»

Aunque me explico que haya callado. Cualquiera se atreve á responder categóricamente á eso. Continuaré, pues, con quien estaba, conmigo, dirigiéndole á usted de cuando en cuando una cartita que le dé pretexto para decir esas cosas tan originales y tan aplastantes que acostumbra.

Y eso que, como á mí me ocurre, se callará las mejores. ¡Hay que ser respetuosos con la imbecilidad ajena! Y yo lo soy tanto, á pesar de que haya quien crea lo contrario, que varias veces me digo:

«A pesar de cuantas he dicho, moriré de un empacho de verdades calladas.»

Y va de cartas

Señores Presidente y Secretario del Centro de Federación Republicana del distrito 2.º de Barcelona:

Distinguidos correligionarios: Al par que á ustedes y á la Junta directiva de ese Centro, doy las gracias más encarecidas á los socios que acordaron colocarlo en el mi retrato al lado de los de Estévanez y Hermenegildo Giner. De haber tenido yo que elegir compañía, hubiera coincidido con ustedes: tanto quiero á los dos.

Si no me envían ustedes más que el oficio, me habría limitado á esto: á dar las gracias por el honor que me dispensaban; pero venía también el Programa

de los festejos que preparan para el mes actual, y pasé por él los ojos.

Bailes de Sociedad, uno de ellos en obsequio a los ciclistas del Partido Radical; bailes de Máscaras, con regalos a las mejor disfrazadas; Baile de Confetti; Derroche de Serpentinatas... Todo esto se anuncia en el mismo Programa en que figura la colocación de nuestros retratos. Y al leerlo, sentí la misma impresión que experimenté hace años (en 1895), al leer en *El Nuevo Régimen* la descripción de una velada habida en el Centro del partido federal, y en la que se alababa con las frases de costumbre a las señoras y caballeros que tocaron, cantaron, bailaron vales y rigodones, leyeron poesías, etc., etc.

Y como he tenido siempre el antipático, cuanto perjudicial defecto de no ocupar mis impresiones si me llegan muy a lo hondo, sobe todo tratándose de personas que por cualquier circunstancia me interesen, luego á ustedes que me perdonen si no he sabido resistir la tentación de reproducir á continuación algunos de sus programas, para que se expiquen la naturaleza de la impresión que el Programa de ese Centro me ha producido:

«Hub era comprendido á los polizontes de la reacción corrien o desafiados á cerrar el Centro, por haberse dado en él gritos subversivos contra el orden, la propiedad y la familia; ó pelido la cabeza de la Regente y de su hijo; ó decretado la matanza de los frailes; ó preparado la segunda edición de los cantores; en fin, hubiera comprendido todo lo que significa revolución, guerra, exterminio... ¡Pero bailar! ¡Pero cantar! ¡Pero tocar! ¡Pero leer versitos!... Esto no podía comprenderlo.

Y mucho menos cuando ese mismo periódico que da la noticia de la velada, disculpándose de no haberlo hecho antes, viene en todos sus números pintando de mano maestra la situación desesperada de la clase obrera, pidiendo y proponiendo soluciones para aliviarla, tronando contra la frivolidad hoy reinante, lamentando el rebajamiento de caracteres, y hablando de propagandas viriles que levanten el decaído espíritu nacional, cosas todas ciertas, y que reclaman pronto, rudo y enérgico remedio. Y siendo así, ¿cómo compaginar tales recreos, dulces, tranquilos, propios de gentes felices, con el continuo alardear de revolucionarios y de redentores, con los ataques á la monarquía que á tan duro extremo nos ha traído, con las santas indignaciones del patriota?

Siempre que los monárquicos celebran una fiesta de éstas, con más brillo y suntuosidad por supuesto, saímos, y con razón, por el registro de que mientras ellos se divierten el pueblo agoniza; y decimos que los acordes de la música apagan los ayes angustiosos de las víctimas del trabajo; y que las estrofas de las poesías contrastan con los gritos desesperados de los obreros sin pan; y que los movimientos vertiginosos del baile insultan á la hija del pueblo encadenada á la máquina de coser; y agotamos, en fin, el repertorio de las frases de efecto para anatematizar á quienes, sordos á los lamentos de las masas é in-

diferentes ante sus sufrimientos, se divierten y solazan.

Y, á pesar de esto, nosotros, los que salimos de esas masas, y por más cercanos percibimos las notas íntimas de su duelo, y no perdemos ni el quejido más débil de sus angustias, nos reunimos en un local destinado á exponer sus dolores y buscar la manera de amonárselos, para parodiar mezquinamente á aquello que con energías apocalípticas condenamos. Y no nos contentamos con hacerlo, sino que lanzamos nuestros nombres al público, cual si tuviéramos ansia porque se conocieran nuestras especiales aptitudes para el arte en su más mínima expresión.

Y no es que yo crea, ¿ni cómo creerlo sin ser un cursi?, que debiéramos llevar luto en las ropas y tristeza en el semblante porque haya comarcas enteras donde el pueblo no tiene ni raíces que comer; pero sí creo que deberíamos abstenernos de realizar y hacer públicos esos actos que forman contraste doloroso y terrible con su miseria, y que podrían hasta afectar la forma del insulto.

Tampoco pretendo que el republicano, por el hecho de serlo, resulte refractario á nada de lo que eleve y vigorice el espíritu, ni que viva á la manera del oso de las cavernas, ni que renuncie á nada de lo que signifique cultura ó ilustración. No en modo alguno. Por instinto más que por hábito, por gusto innato antes que por práctica personal, me inclino á cuanto en todas las esferas de la vida tiende á separar al hombre del bruto. Una República tacaña y sórdida, de habas, lentejas y pan negro, no es la que yo deseo para España, aun cuando estuviera adornada con todas las virtudes teológicas y cardinales.

Ni lejos de mí los que sueñan con unos republicanos haraposos, de pelo y barba encrespados, reuniéndose en las tabernas á comer tajadas de bacalao, eructando á ajos, cantando himnos santurrientos, y mostrando sin recato lo que la hoja de parra tapa en las estatuas; mas si tuviera que elegir entre ellos y los que se deleitan oyendo poesías mediantes y canciones de ritual en las tertulias caseras, y bailan rigodones y walses, ¿por qué no decirlo?, me quedaría con los primeros. Entre sus brutalidades podría tal vez esconderse el embrión del perfeccionamiento; en los artificiosos y convencionales conatos artísticos de los segundos, sólo veo decadencia.

Además, ciertas cosas, ó se hacen en grande, ó no se hacen. Todo lo que se relacione con el arte debe rebasar la línea vulgar. Nada de calcomanía, ni de cromos siquiera: ó las paredes desnudas, ó cuadros de Velázquez, Murillo, Rubens ó cualquier otro príncipe de la pintura.

¿Cómo! ¿Nos llamamos hombres de progreso y regeneradores, y fabricamos telas como la araña en vez de capullos como el gusano de seda? Esto es indigno de nosotros. Las cortinas deben ser siempre á la medida del santo. ¿Queremos música? Contratemos la orquesta del Real. ¿Canto? Vengan los primeros artistas. ¿Poesía? Que el mejor poeta de España nos traduzca á Víctor Hugo. ¿Baile? Que el local contenga cien parejas y no se acerque una á otra en dos varas. Esto es lo que co-

rresponde á la grandeza de las ideas que profesamos... ¡Pero un pianito! ¡Un poeta mediocre! ¡Unas cancioncitas! ¡Unas piruetas desarrolladas en ocho metros en cuadro!... Pocas veces habrá tenido representación más apropiada el «quiero y no puedo.»

Esto, y más aún si le place, puede hacerlo ca la republicano en su casa, si es que no sabe sustraerse á las corrientes del mal gusto, y á buen seguro que yo coja la pluma para censurarlo, por más que á mis solas me lamente de no tener correligionarios de más altas aspiraciones artísticas. Mas lo que no puedo hacer ninguno sin exponerse á la crítica de los demás, es convertir los centros de propaganda revolucionaria en oratorios mezquinos del arte, parodiando pobremente aquello mismo que nos sirve de pretexto para combatir á los monárquicos cuando lo hacen con grandeza; lo que no tiene justificación posible, es que lloremos los males del pueblo al compás de una habanera, ni creamos que lo servimos aplaudiendo un aria. Cada cual en su puesto; y no está en el suyo el republicano que celebra veladas semi-artísticas en sitios donde nadie debe ir á buscar distracciones, sino á proponer y discutir los medios más conducentes á la pronta desaparición de la monarquía y el mejoramiento de las clases trabajadoras. Y el que lo dude, que se lo pregunte á cualquier federal de los que están dispuestos á jugarse la vida por el triunfo de su causa, y que de fijo nunca pensó en que se fundaran Centros revolucionarios para cantar y bailar.

Y termino, aun cuando me queda mucho por decir, rogando á todos los republicanos que no perdamos una cosa, ya que tantas hemos perdido, y es la seriedad; no haga el diablo que las gentes den en pensar que sentimos la nostalgia de las frivolidades que constituyen la vida entera de los que carecen de ideales, ó que reducimos los nuestros á satisfacer con desahogo necesidades puramente físicas, con intermediarios artísticos propios de empleados de corto sueldo ó de patronas de casas de huéspedes que tienen hijas casaderas de difícil salida. Si; obremos de modo que los monárquicos nos odien, nos persigan, nos exterminen; pero, ¡por todas las majaderías que hemos dicho en veinte años!, que no se rían de nosotros, que no se burlen, que no nos pongan en solfa. Antes que el ridículo, la muerte, si es que la muerte en política no sigue siempre al ridículo como la sombra al cuerpo.»

De esta manera pensaba yo ayer; de la misma pienso hoy; y hoy como ayer me duele que los republicanos, llamados á realizar grandes empresas, nos paguemos de frivolidades y nos acomodem con pequeñeces.

Y en esta ocasión me duele más, por ser ahí, en Barcelona, donde se realizan esas fiestas, cuando seguramente no se han borrado todavía las huellas de las desventuras que produjo la Semana trágica, y cuando muchos de los que tomaron parte en ella no tendrán pan que llevarse á la boca. Y también por no poder sustraerme á esta idea:

Cuando á esos infelices que emigran á América por no poder vivir en su pa-

tria, dejando los cementerios llenos de carne de su carne que el hambre mató, les pregunten los españoles que se les anticiparon, qué es lo que hacen los republicanos de aquí, y contesten, unos indignados y otros derramando lágrimas amargas: «Bailan, cantan, se arrojan confettis y serpentinas», ¿qué pensarán de nosotros aquellos viriles patriotas dispuestos á toda clase de sacrificios por ayudarnos á cambiar el régimen político de España?.....

Sentirla, queridos amigos, que vieran ustedes en estas apreciaciones otro propósito que el de ver si contribuyo á que entremos en un período de seriedad revolucionaria, arrinconando poco á poco ciertas prácticas que no armonizan con la misión que nos hemos impuesto, por más que en la intención sean loables.

Porque, se lo confieso á ustedes con toda franqueza, aun cuando se escandalicen los señores que por servir á la moral han introducido este lío espantoso en el partido republicano.

Creo más perjudicial á nuestra causa el amenazar por *sport*, el anunciar la venida de la República por buscar un aplauso, el dar tantos vivas, el aplicar tantos adjetivos, el banqueteo tanto, el mitinear tanto, el manifestarnos tanto, y el distraernos tanto, que el que dos, tres, veinte concejales de nuestro partido se crean monárquicos para los efectos de divorciarse de doña Ética; porque esto puede remediarse apartándolos de nosotros el día que se compruebe, mientras lo otro acusa un estado general de desorientación, de superficialidad, que aleja de nosotros á los que, convencidos de que la República salvará á España, no se deciden á ayudarnos por desconfiar de ciertos republicanos.

Y dicho esto, sólo me resta rogarles que me perdonen la tontería en que incurri anteriormente al suponer que pudieran ustedes dudar del propósito que he llevado al escribir esta carta, y repítirme suyo affmo. amigo y correligionario.—J. N.

El león enfermo

(FABULA)

En homenaje de admiración á Joaquín Costa

Salió el rey de las selvas de viaje; extravió el camino, y hallóse, al fin, perdido en un paraje de extraño ambiente á su poder felino.

—¿Qué voy á hacer aquí?—monologaba el león, mientras iba caminando, y, con cierta zozobra, escudriñaba: —¿Tierra insegura la que estoy mirando! Ni bosques, ni montañas escabrosas; llanura nada más. Mal van las cosas.—Y avanzó, recatado en la maleza, gacha la cola y baja la cabeza.

Al cabo de unos días de vagar, encontré un corderillo. Era, para él, un animal extraño; pero temblaba tanto el pobrecillo, que, en vez de hacerle daño, en tono afable y con rugir sereno noticias le pidió de aquel terreno.

—Señor—le dijo el pobre recatado.—Aquí, en este país, sólo hay ganados; pastos no hay muchos y se vive mal, pero estamos á ello acostumbrados. En verano se come alguna cosa, pero en invierno el hambre es espantosa. Vivimos gobernados por pastores, que á costa de nosotros se regalan; nuestro vellón abriga á esos señores, y, cuando los ganados de hambre balan, ellos aprovisionan sus pucherros sacrificando ovejas y carneros.

—¿Y á todo eso vivís acostumbrado?

—Mas aún, señor; ¡estamos resignados!

—¿Es que no hay quien os libre de esa gente?

—Mi raza es muy cobarde, francamente.

—¿Confesión vergonzosa!

—Fuera mentir, deciros otra cosa...

—¿Y nada en tu favor puedo yo hacer?

—Nada, señor; jamás te comprometas.

—Es que yo, cuando lucho, sé vencer.

—Nuestros pastores usan escopetas.

Reflexionó el león un breve instante, y luego, entre irritado y conmovido, marchó, dispuesto á ser, en adelante, defensor del rebaño sometido. ¡Error sublime! Nunca lo intentara. Su noble decisión costóle cara.

Obligado á observar lo que ocurría entre aquellos rebaños y pastores, todo lo que veía sólo contribuía á aumentar sus anhelos vengadores. El hecho de prestarse al esquilao las ovejas con tal resignación; el villano ejercicio del hondeo, que tomaba el pastor por distracción; aquellos sacrificios inocentes, la escasez de los pastos en invierno y otros muchos detalles deprimentes, causaban al león dolor interno, su furor acrecía, y á vengar ó á morir le disponían...

Algún pastor cayó; pero eran tantos y tan bien armados, que, por fin, el león se convenció de que eran sus furoros malgastados. ¡Con qué dolor entonces y vehemencia, lamentó su impotencia!

Así el león, viviendo en aquel melio, llegó á enfermar de lástima ó de tedio; así se vió en la triste situación de una muda y completa parálisis.

Y refieren las crónicas, lectores, que sufrió su salud tales reveses, más que por la crueldad de los pastores, ¡por la vil masedumbre de las reses!

EMILIO NAVARRO

Barcelona.



PARTICIPACIONES DE ENLACE

Sr. D. Antonio Cortón.
Redacción de "El Liberal".

Querido compañero y buen amigo: Recuerdo que hace algún tiempo, en la prensa de Madrid, adquirió interés palpitante la cuestión del calibato eclesiástico con algunos escritos de Gustavo, de Zozaya, de José Ferrándiz y de usted, que me llamaron singularmente la atención.

Todos ellos acusaban un estado de opinión favorable á la corrección de las leyes nacionales que consagran, con el poder del Estado, el celibato eclesiástico, origen y causa de grandes males nacionales.

Por esta razón, á ustedes, y en primer término á usted, creo deber dirigirme suplicándoles fijen su atención en los hechos que voy á exponer, para que los juzguen según sus respectivos criterios y orienten con su autoridad la conciencia pública en el recto juicio de la cuestión, que urge acometer de frente para resolverla en definitiva.

De muy buena ga a habría tomado parte en la polémica que se sostuvo en *El Liberal* sobre el celibato; me contuvo el pensar que yo tenía pendiente en el Ministerio de Gracia y Justicia mi expediente solicitando la legalización civil de mi matrimonio, por lo cual mis escritos habrían podido parecer como sistemáticos é interesados.

Una vez re-uelto de un sablazo aquel expediente, que, por lo visto, Don Estado se había empeñado en no resolver, no tengo ya interés personal alguno en la reforma de las leyes cuya excepción pedía, y por ello, con más autoridad, repongo aquella polémica y solicito su intervención, para lograr ante todo la preparación de la opinión nacional, harto mal preparada, según veo, para hacer viable la reforma de las leyes.

Porque es el caso que sobre mi matrimonio los periodicos católicos (suplico que por la cuna a que les tiene) han guardado *respetuoso silencio*, á la moda jansenista, ó sea, achantándose de momento en e para de mejor ocasión. No ha ocurrido así con los periodicos de otras marcas, de entre cuyos comentarios voy á extraer dos por razones particulares.

Uno de ellos es *El Esquella de la Torratxa*, que, vengando seguramente en mi agravio que debe creer recibí los de algunos amigos míos utilizó la noticia de mi casamiento para dispararme un dardo de enconado veneno jesuita, simulando imaginar que algún día podría yo renegar de mi secularización como he re-egado de mi ordenación.

No es cosa de tomar por lo serio un ataque de pretensiones satíricas, pero tampoco es cosa de de-precia con el silencio el saetazo saído de tal periódico, al cual el público atribuye abo-engo liberal. Y aunque sea de paso, he de responder, no á la redacción anónima, sino al director propietario señor López. A él, pues, le pregunto por el acaudo y fundamento de su ataque, provocándole de este modo á que solicite el auxilio de los jesuitas y del obispo (que no rechazan jamás el concurso de los periódicos ateos y aun pornográficos cuando les sirven para sus planes) para abrir campaña contra mí. Y digo esto, porque en aquel ataque parecen asomarse ciertas insinuaciones hasta aquí retenidas en los labios malignos de los devotos y que de boca en boca cunden anónimas, como preparando una difamación de marca jesuita que necesito atajar y hacer abortar en público para tener pie de defensa.

Y para animar al Sr. López á hacerse campeón eclesiástico con el dilemulo que su profesión liberal requiere, le pondré unos saetazos que le desesperen si tiene bríos para ello, ó que le escarmenten y le dejen al descubierto

ante la opinión de sus lectores (que no todos son jesuitas), si acaso no responde á esta provocación.

Seguramente el Sr. López profetiza mi conversión fundado en los ejemplos de otros. Si así fuese, desde luego acuso á los que fueron mangoneadores tradicionales del cotarro liberal barcelonés, entre quienes figuró en primer término el Sr. López, de haber sido ellos los principales causantes de estas y de otras defecciones, como lo eran del imperio del clericalismo, que estuvo reinando é imperando hasta el día en que aquellos mangoneadores fueron por el pueblo desbancados de sus sedes abaciales.

Y por mi parte confieso que si todos los liberales españoles fuesen del tenor del Sr. López, antes de quince días huiría al extranjero ó volvería al presidio clerical, como mal muchísimo menor que el de andar en tales compañías.

Pero el ataque aquel venía á insinuar que yo procedía en mis evoluciones por conveniencias poco honestas. Provoco al Sr. López, canónigo perpetuo del cabildo republicano barcelonés, á que exhiba ante el público la renuncia á una carrera y á una posición legalmente adquirida, como yo la hice, que le autorice á emitir tales sospechas.

Con esto tiene el Sr. López pretexto sobrado para atacarme por donde guste, sin necesidad de aprovechar noticias tan inoportunas como la de mi casamiento, cuyo pretexto revela un ruin propósito de herir, incurriendo además en el renuncio de satirizar un acto al cual, por el programa que flnge defender, está obligado á aplaudir y venerar, con lo cual acusa una maravillosa inconsciencia de sus deberes, ó un burdo indicio de jesuitismo.

Es el otro comento, el de un escritor, por otro lado meritosísimo y obligado por sus años y calidad á ser sesudo y comedido en el fondo, en las formas y en las circunstancias de lugar y tiempo. Es el señor Lillo y Bravo, maestro de San Esteban de Gormaz, á quien la noticia de mi casamiento, en vez de animarle á felicitarme y á felicitarse, hale servido para despertar en su memoria ciertas polémicas de hace veinte años, terminando su artículo publicado en *El Avisador Numantino* con estos párrafos:

«El Sr. Pey Ordeix, hoy redactor de *El Motin*, exreligioso que ha contraído matrimonio civil, es el fundador y director de *El Urbión*, y de *El Oxomense*, el mismo que pretendió otro tiempo que la Iglesia fuminara sus anatemas contra mí como «propagador de la funesta teoría de *el liberalismo no es pecado*»

«Al cabo de los años mil, yo estoy donde estaba, y él, desde sacerdote católico y director de *El Oxomense*, periódico católico, fustigador de la mala idea liberal, ha caído, casado civilmente y todo, en la redacción de *El Motin*.

«¡Oh tiempo! Qué sabias enseñanzas encierras.»

No está en la educación del Sr. Lillo la intención de ofenderme, ni mucho menos la de ofender la familia de mi esposa, residente en Soria, en donde se publica el periódico. Pero ni las ofensas dependen, muchas veces, tanto de la intención del autor como de la susceptibilidad del que las recibe, y en este sentido, el Sr. Lillo sabe bien que nada ofende tanto en la casa del ahorcado co-

mo el hablar de la soga, y él la ha mentado recalcadamente.

Siento que el Sr. Lillo no haya tenido presente este adagio y sentiría más que lo hubiere tenido presente. Para castigo, si esto hubiese sido, y para que le sirva de *rabo de pasa* en el otro supuesto, diréle que envidio la suerte de los felices mortales que nacieron de pié y con estrella, cayendo en el sitio doctrinal ó geográfico placentero y tranquilo del cual no sienten necesidad de moverse. Yo caí en el seno del archiclericalismo y allí llegué á la cumbre, según mi *poder* y saber, por estar destituido de la *ciencia infusa* que debió traer del seno de su madre el Sr. Lillo, quien, seguramente, vino al mundo sabiéndolo todo, y no solo omnisciente, sino indefectible, infalible é incommovible, ni más ni menos que el Sumo Pontífice Romano. Yo nací niño ignorante; flábame del *maestro* de escuela y de los otros maestros seminarísticos y universitarios, que me enseñaron aquella sarta de majaderías y aquella diablura con que volví locos á los omniscientes é infalibles redactores de *El Avisador* y de *El Porvenir*. Al pasar á hombre advertí que aquel niño de antes había sido un majadero, y que tan majaderos como él eran los maestros que se ofendían de las majaderías de un niño por ellos educado en majadero. «Al cabo de los años mil, Lillo está donde estaba...» y el incommovible escritor y el incommovible maestro pone esta incommovilidad suya como timbre de gloria y como reproche de mi volubilidad. Hace mal el Sr. Lillo en reprocharme así. El no se da cuenta de que la inmovilidad no es una virtud humana, ni siquiera una virtud animal, sino una virtud vegetal y mineral, y una *fatalidad* de los condenados en el infierno. La estatua y el alcornoque, están hoy donde estaban mil años atrás. Los dogmas son ideas vegetales: *quod semel assun sit unquam dimissit*. Los condenados los quedan agarrados: *ubi lignum ceciderit ibi erit*.

Después de veinte años, el Sr. Lillo sigue inmovil en San Esteban y en *El Avisador*... y yo... *caí* desde la cumbre del integrista al fondo de la redacción de *EL MOTIN*, casándome CIVILMENTE y TODO!! ¡horror!

De modo que mi evolución es una caída, cuando yo la tenía como una subida que se me hizo tan cuesta arriba: y yo, no debí casarme civilmente sino vegetalmente, á la moda del clero y de los maestros liberales que no saben arrancarse de las costumbres del suelo en donde cayeron... ¡Vaya unos liberales más poco libres!...

Pues para que Lillo se convenza de su error, observe que para parir un clérigo vegetal se basta cualquiera lavandera que lleve su chico al Seminario y sepa meter las raíces del hocico en el cáliz del presupuesto. Los chicos y las raíces arraigan de tal modo, que ni con cion tirones los arrancan. Pero para desprender las raíces hocicales del pan eucarístico del presupuesto, que es como arrancarse de la escuela de San Esteban de Gormaz, y no parar hasta la redacción de *EL MOTIN* á fin de escribir repasatas como ésta, necesitase un molde particular y haber aprobado muchos cursos menores y mayores de la carrera de la vida.

No me cabe duda de que Lillo, si á

sus veinte años hubiese caído con mi buen pie en el obispado de Osmá, teniendo mi agilidad para el manejo de la baraja teológica y mi facilidad para dar sofocones á los opositores á canongías, á estas horas tendría echadas raíces muy hondas en el cabildo de casados vegetalmente. Y basta también de botánica.

Estos comentarios procedentes de espíritus que se creen liberales, demuestran la incapacidad del pueblo español para apreciar la grave cuestión del celibato. Si yo fuese apocado de ánimo y no estuviese blindado contra los sátiras de los inconscientes é impulsivos, haría como hicieron los que me precedieron: encarcelar mi matrimonio en el secreto del hogar para librarme de impertinencias, admitiendo implícitamente que la publicidad sería un caso de cinismo y que la exigencia del respeto á mi derecho sería una temeridad.

Por este procedimiento se ha creado netre la institución del matrimonio franco-legal, y entre la institución de la *pareja celibataria* de concubinato clandestino reservada al clero, esta otra institución de los llamados exclerigos, atados á un matrimonio anfibio, legal en el extranjero é ilegal en España, semipúblico y semiclandestino, sometidos y resignados á la vergüenza pública, y cuyos hijos encuentran la ilegitimidad como patrimonio legal de la nacionalidad española.

Indudablemente, Sr. Cortón, esos saetazos y lamentaciones de gentes que por su profesión liberal están obligados á celebrar estos actos de emancipación como triunfos de la conciencia regenerada sobre los prejuicios clericales, en vez de alentar á los tímidos ayudándoles á la emancipación, son bastantes para espantar á los más osados y para perpetuar esta raza de castrados morales que engendran la pusilanimidad clásica del pueblo español.

Porque necesitase gran valor, en vista de esto, para arrostrar la crítica que el *regenerado* calcula ha de brotar de los cien mil púlpitos de las iglesias, de las veinte mil escuelas y de los doscientos periódicos católicos contra su matrimonio, que para él encierra una sangrienta tragedia y que el público suele mirar con ojo de comedia. Falta solamente que las gentes liberales se adelanten á los mismos boletines episcopales en la ridiculización ó afeamiento de este acto, para demostrar que los Pirineos que nos separan de Europa, más que en el mapa geográfico se hallan en la mentalidad y en la conciencia popular. Falta solamente que periódicos como *L'Esquella* y maestros de sello liberal como Lillo, vengán á sarpullir á los novios con estas picaduras, para que el Estado se sienta ligado á Roma, más que por las cadenas de las leyes tradicionales, por la cadena de esta estupidez pública.

Al llamar la atención de usted sobre estos hechos, para que usted, con mejores razones y más bellas formas llame la de otros compañeros y la de sus lectores, creo servir la causa pública secundando teórica y prácticamente la campaña por ustedes iniciada.

Ya que la prensa toda de Europa se creyó en el caso de notificar al público mi casamiento, considerándolo como *hecho social*, tócame hacer esta *partici-*

pación de enlace, confiando al pueblo liberal de mi Patria la defensa de mi derecho, y denunciándole las ofensas que á este derecho infloran los que aparecen afiliados en las filas del ejército liberador.

S. PEY ORDEIX

Yo me hallé en el entierro
de aquel *satana*
á quien con sus dolencias
contagio el ama;
y el pobrecito
aún llevaba en la mano
dos perros chicos.

Fray Ejemplo

El Sr. Ugarte, estirada nulidad, que en Octubre de 1909 logró inmortalizar su nombre uniéndole á una de las mayores vergüenzas de nuestros días, ha ingresado en la Academia de Ciencias morales y políticas.

Pasaba el hombre—á falta de otros méritos positivos—por conocedor de las leyes presentes y pretéritas, y á este conocimiento *me can'co*, nada diferente de la ciencia del cochero—por ejemplo—que conoce bien todas las calles, plazuelas, etc. de la población en que trabaja, debía cierto renombre de docto, estudioso, etc., que le colgaron los neos, gente naturalmente insignificante en todos los órdenes de la vida.

En el discurso de entrada, el mentado sujeto demostró palmariamente que ni aun con esa cualidad de conocedor práctico puede ufanarse. ¡El nuevo académico no conoce, no ha estudiado, no ha leído la legislación antigua del trabajo en Castilla, como he tenido el placer de demostrar en el *Heraldo de Madrid*!

Pero el supradicho individuo no se limitó en el discurso á hacernos ver á todos su carencia de sentido crítico, y lo vacío que está de nociones elementales, sino que imitando á otros ilustres y eminentes ramplones, se enredó con el materialismo grosero, con los apetitos concupiscentes de las masas.

Señores *espiritualistas*: Si supiéramos que eran ustedes varones austeros, ejemplares, que se limitaban á satisfacer frugalmente las necesidades indispensables; si les viésemos padecer hambre, sed y desnudez, quizás sospecháramos que podían ustedes tener razón, nosotros los materialistas y concupiscentes que conocemos las tristezas y también las alegrías del no tener.

Fermín Salvochea—que tenía millones de veces más talento y más cultura que todos los espiritualistas bien acomodados—podía permitirse el lujo de hablar de ciertas cosas; mas Pidal, el indicado socio y otros de igual jaez, que tian del carro de la vida sin conocer la penuria, no tienen derecho á condenar á los pobres que quieren comer más, trabajar menos, cubrir sus carnes y tener un albergue.

Si las predicaciones de San Francisco hubieran sonado mal en la boca de Lúculo, aún suenan peor en estos Lúculos grotescos, pedestres y *burgueses*, pequeños, mezquinos en todo, salvo en vanidad—que es cosa muy distinta de la soberbia—y en avaricia.

Para hablar de ciertas cosas respetables—¡oh eminentes insignificantes!—hay que predicar con el ejemplo.

Y no son predicadores de este fuste aquellos que andan á caza de retribuciones, gratificaciones, gabelas y sueldos que en el caso de ustedes no pueden ser discernidos al mérito, á la suficiencia, al saber, sino á algo que todos sabemos.

J. J. MORATO



Acuerdo noble

En el entierro del capitán Arias, hab'é á Lecvigildo Abans de la situación de Abarrátegui, y él se la comunicó á Silvestre Abellán, quien al día siguiente me envió esta carta:

Sr. D. Jose Nakens.

Mi distinguido amigo. Habiendo llegado á noticias de la Junta de Gobierno del Centro Radical del distrito de Palacio, que tengo la honra de presidir, el estado económico en que se encuentra el honorable republicano Sr. Rodríguez Abarrátegui, esta Junta, y yo en su nombre, nos apresuramos á poner á disposición de dicho señor la dirección de las escuelas del Centro, cuya dotación no es espléndida, como nosotros deseáramos, pero puede servirle por de pronto para resolver su situación angustiosa.

Si usted, querido maestro, nos dispensa el honor de transmitirle nuestro ofrecimiento, le quedamos eternamente reconocidos.—El presidente, Silvestre Abellán.

Cumpliendo el encargo de la Junta del distrito de Palacio, escribí Abarrátegui, que no pudo aceptar por carecer del título de maestro que hoy se exige para las escuelas laicas.

Me ha pedido que manifieste á todos esos correligionarios cuán grande es su agradecimiento, y yo lo hago, felicitándolos también en mi nombre por su espontáneo, rápido y noble ofrecimiento.

Pérez Martinón "Cantaclaro"

Con el alma inundada de profundo dolor ante la pérdida del entrañable y fraternal amigo, del colega estimadísimo, del correligionario ferviente é indomable, del pensador profundo y escritor viril tan admirado, requiero la pluma para tributarle el último homenaje.

Tanto más dolorosa me es su muerte, cuanto que íntimo conocedor de toda su vida, sabía yo que ahora, tras una lucha colosal muy larga con la Iglesia, con la monarquía, con todos los convencionalismos, rutinas y opresiones del alma y del cuerpo, Martinón acababa de conquistar á brazo partido un relativo é independiente bienestar, no en la holganza, pero sí en un trabajo para él llevadero y hasta grato, disfrutando además de la fama condigna de sus méritos en un pueblo liberal como el de Valencia, que le quería y respetaba.

¡Sino fatal de los hombres de lucha, que en alcanzando la pobreza sosegada del descarso con que soñaron, la muerte implacable se los lleva, negándoles ese último goce tan justo, que injustamente disfrutan de por vida tantos seres inútiles y nocivos!

Conocí á José Pérez Martinón en Madrid en 1887, cuando, después de una prolongada etapa de todo género de agitaciones y contrariedades, se había hecho la ilusión de que le esperaba un poco de reposo en el ejercicio del ministerio eclesiástico, al que hubo de invitarle el obispo Sancha. Yo estaba entonces procesado (la primera vez) por herejía, y próximo á ser absuelto (ficticiamente por falta de pruebas, aunque muchas había dado; en realidad, porque Sancha no quería dar un escándalo contraproducente, como luego lo dió Cos y Macho, ni lanzar fuera del clero á sacerdotes que sin él podían vivir, conocían sus secretos, manejaban una pluma, y ¡guarda!... no los pongamos en lugar desde donde harían mucha pupa

..

Martinón, nacido en Andújar (Jaén), de padre español y madre de origen francés, ambos de buena familia y venidos á menos, entró joven en el Seminario de Baeza, concluyó la carrera en el de Jaén, y, apenas ordenado, ya lo perseguía Monescillo, un obispo, en concepto de revolucionario y hereje.

—Este es—dijo un día á cierto canónigo—de los que al saber Teología se dan cuenta del gran secreto del catolicismo y de la Iglesia, y les pierden toda veneración, porque los miran ya de alto abajo; hombre peligroso tenemos.

Bien quisto con los revolucionarios de Septiembre, obtuvo una capellanía de regimiento en la Península; pasó á Cuba, donde hizo toda una guerra; volvió á España con la misma nota de avanzado, y por no arrostrar la brutal tiranía del entonces patriarca y prelado del Ejército, Moreno Mazón, que le puso las paralelas con la intención de un Miura, dejó el Cuerpo y se dedicó á la enseñanza en un colegio que abrió en Ondara (Valencia).

Muy bien le iba; pero la desgracia quiso que el Monescillo, antes obispo de Jaén, lo fuera entonces de Valencia, y que sabedor de que allí estaba el hombre peligroso, en vez de halagarle, como fuera lo prudente, dió en perseguirle, quitóle las licencias y con ellas toda la clientela del colegio.

Entonces Martinón, todavía joven, temeramento firme, enérgico y denodado, con plena conciencia de cumplir, al menos en lo externo, única jurisdicción de la Iglesia, sus deberes, sintióse vivamente herido por aquella injusticia, lió los hábitos y se buscó la vida como pudo. Fué periodista republicano,

corredor de publicaciones de lujo, inventor del primer mapa vinícola español; conspiró con Ruiz Zorrilla, estuvo emigrado en Orán, preso en Almería; hoy con un puñado de duros, mañana sin saber cómo se alimentaría ni dónde; una epopeya de varios años, hasta que recaló en Madrid, donde Sigasta, su amigo, acabó de desilusionarle, diciéndole:

—La solución sería un destino civil adecuado a las múltiples aptitudes de usted; pero al día siguiente de decretarlo, dejaría de ser ministro y quedaría condenado en Palacio á ostracismo perpetuo.

Sancha, como arriba dije, enterado de esto, lo llamó y lo reconcilió con la Iglesia. Fué sucesivamente colector de San Antonio del Prado, capellán de los cómicos, ecónomo de Grinón y de Parla, y luego, por concurso literario, coadjutor primero de la parroquia de las Peñuelas, cuando Sancha salla trasladado por fuerza á Valencia.

Cos y Macho empezó á maltratarlo. De las Peñuelas pasó, descendiendo, á capellán de número en San José, y de allí á ecónomo á San Martín de la Vega. En este pueblo estaba, cuando vino Guisasola prevenido contra él: era el revolucionario que escribía en *El País*. Ciertamente. Antes de que yo entrara en aquella redacción, Martínón había fustigado allí cruel y justamente á Cos, no á Guisasola; pero éste cobró miedo, puso al réprobo en estudio, y él se largó á Barcelona.

Esta ciudad le fué poco favorable; la abordaba en plena borrachera de catalanismo, cuando bastaba ser español para encontrar cerradas todas las puertas, y el obispo Morgades rechazaba á todo clérigo no catalán. Ni en la Iglesia ni en el periodismo halló campo á sus actividades Martínón.

¿Sí? A Valencia. Comenzó por ser capellán de la casa Garin; luego tomó al traspaso una escuela primaria (tenía título de maestro) que pronto convirtió en colegio, sin quitarle su título de San Felipe Neri. Y otra vez la mala suerte le depara por prelado á Guisasola, que empieza á molestarlo. ¡Vaya por Dios! Molestemos á Guisasola desde las columnas de *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, luego de Azzati. Y nueva lucha con el obispo, con los neos, con los maestros clericales, con los falsos republicanos.

Se le quiere cchar gubernativamente de Valencia; pero no hay mar era legal, y allí sigue; engrandece su colegio, dejando el ministerio, mas no los hábitos; se hace afamado como escritor; redacta el manifiesto de los maestros liberales contra la frailería; interviene en un Congreso pedagógico, en el que produce varias algaradas combatiendo al neísmo con valor y talento nunca vistos entre maestros; pone en un brete á Gasset, que premia y corona así una celebridad que ya era grande, aunque mucho se ha procurado oscurecerla.

Ultimamente su colegio había llegado á prosperidad envidiable. La vida tranquila y con cierta abundancia estaba asegurada, cuando vino la muerte á cortar una existencia todavía no muy prolongada. Martínón frisaba en los sesenta y seis años, había mejorado de salud, conservaba su vigor y energías;

todos le dábamos bastantes años de vida.

El radicalismo republicano en general, y particularmente el valentino, han experimentado dolorosa é insustituible pérdida. Martínón era teólogo, canonista, matemático, pedagogo, buen orador, caluroso y castizo escritor, periodista temible en la polémica, una especialidad para las estadísticas, los cómputos, los mapas, los gráficos y la organización. Conversador vehemente y ameno, carácter abierto, constante en la línea recta, un poco altivo, muy proyectista, muy movible y genial; en el fondo, un niño; este era Martínón, á quien he tratado íntimamente por espacio de veintitrés años con amistad no interrumpida.

Con Pey Orleix, *Fray Gerundio* el de Barcelona, y yo formaba la cuaterna de evangelistas clérigos, del anticlericalismo. Conocía á la Iglesia como pocos, luchaba como un león, y todos lo respetábamos como á un maestro, como á un hombre heroico, honrado y caballeroso. No era ateo, como se ha dicho, sino cristiano modernista á su manera, como cuadraba á su gran cultura y á su condición de viiente esclarecido.

Homo tamen; tenía sus defectos como todos, más bien niñerías, puedo asegurarlo. Que de ellos hagan vicios y malas cualidades los neos; no hallarán en su vida una verdadera infamia de esas tan comunes entre los clérigos y los obispos santos del clericalismo farisaico.

Es autor del mapa vinícola, de un proyecto de estadística general de la Iglesia, que no le dejaron terminar; de un folleto sobre arreglo eclesiástico y del libro editado por Sempere el año pasado sobre reforma del Concordato, obra notable, aunque breve. Además deja un bagaje periodístico enorme y muy variado.

Descanse en paz, vivo siempre en la memoria de los que, por conocerle bien, le admirábamos y le queríamos.

Neos, ¡á bailar sobre su tumba!; es el primer cura que entierran en el cementerio civil de Valencia, y eso tenéis que celebrarlo: un enemigo menos.

JOSÉ FERRÁNDIZ



Las "Hojitas piadosas" en Gracia

Ayer mañana (2 de Febrero), entre once y once y media, ante la iglesia de San Juan se notaba desusa la animación, viéndose entre los que por ante el templo del Señor transitaban, ó mejor dicho, estaban esacionados, muchas caras de aspecto sospechoso.

Eran clericales, que creídos que son los amos dentro y fuera de la iglesia, estaban apostados con ademán amenazador y provocativo, cual si supieran que otros ciudadanos, en uso de su perfecto derecho, iban á repartir *Hojitas piadosas*, de las que, al amparo de la ley y cumpliendo todos los requisitos por ella exigidos, edita nuestro gran

amigo Sr. Nakens, estaban allí apostados con el cerril propósito de impedir el reparto con garrotes, browins y otros argumentos de mayor alcance.

Comenzaron los liberales á ejercer su derecho, ó sea á repartir las *Hojitas piadosas*, y los genízaros armados de sendos garrotes, con bofna en la extremidad superior del cuerpo, cayeron sobre los repartidores.

Al verse éstos agredidos repelieron la agresión como pulieron, sin quedarse cortos, aun siendo muy superior el número de los agresores, que estaban militarmente organizados.

Hubo palos, tiros, en número de 30 ó 40; de la iglesia salieron, según se nos dice, hombres armados con arma larga; desde la sociedad tradicionalista «La Margarita» se daban órdenes á los genízaros y se les facilitaban argumentos.

Los fieles pacíficos abandonaron á la desbandada la iglesia, acudió la guardia civil, acudió la policía, hubo contusos... y otra vez quedó demostrado que los carcas se han engreído desde que la Solidaridad maldita les dió la alternativa de partido, hasta el extremo de que se creen dueños de imponer la ley.

Los repartidores de *Hojitas piadosas* deben, cuando se propongan ejercer su derecho, ir prevenidos para hacerlo valer.

El Progreso.

Barcelona.

El confesor me dice
que no te quiera,
y yo le digo: ¡ay padre
si usted la viera!
¡Padre de almas!
Si usted llegara á verla,
me la birlaba.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

DE TRES PESETAS, Á UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

COSAS QUE HE DICHO

La dictadura republicana

UNAS PALABRAS

Deseando que la opinión se manifieste en pro ó en contra de la conveniencia de propagar la idea de la República dictatorial, y en vista de que la prensa, ni la republicana ni la monárquica, se ha ocupado del asunto, recopiló en este folleto unos cuantos artículos de los que he publicado desde el 30 de Septiembre acá, para ver si por este medio consigo que se entere mayor número de personas que las que leen *El Morín*.

Sé de antemano que muchos de mis correligionarios rechazarán *á priori* la idea sin tomarse la molestia de examinarla; pero como yo sólo busco la opinión de los que no piensan en ellos mismos al trabajar por la venida de la República, continuaré defendiendo la dictadura, convencido de que sólo en ella y por ella podremos impulsar este país hacia soluciones honradas, justas y progresivas.

Mi programa

Sencilísimo:

Inspirar confianza á los elementos que pueden ayudarnos á traer la República, y ponernos de acuerdo.

Al día siguiente del triunfo nombrar dictador, si él ya no se hubiera proclamado, al hombre que lo alcance, ó á quien él designara.

Publicar en la misma *Gaceta* en que se anunciara el nombramiento, ocho ó diez decretos de esos que transforman económicamente la faz de un país.

Y por la tarde, si alguien había hecho méritos suficientes para ser fusilado, que no se aguardase á la madrugada próxima para premiarle sus méritos.

Y con proseguir todas las mañanas, durante ocho ó diez días, publicando decretos inspirados en la justicia y prescindiendo de la ley cuando ambas no marcharan al unísono, y con repetir la operación de la primera tarde cuando fuera necesario (lo sería pocas veces), República establecida y nación salvada.

Y al año, á los dos años, á los tres, cuando ya todo estuviera hecho dictatorialmente, lo mismo las reformas económicas, que las políticas, que las sociales, que las judiciales, que las militares, que las eclesiásticas, y no hubiera el menor asomo de que pudiera perturbarse el orden, entonces sería llegado el momento de pensar en la conveniencia de reunir unas Cortes para que sancionasen la labor hecha.

Lo que convendría más

Claro es que sería mejor, infinitamente mejor, que la República viniera y se

consolidase al son del crótalo y del tamborí; que al día siguiente de proclamada, unidos en lazo fraternal todos los ciudadanos, nombráramos por unanimidad un gobierno de hombres de saber y virtud, justos y desapasionados, cuya autoridad fuese por todos acatada, y que convocásemos inmediatamente unas Cortes, á donde vinieran hombres serenos, inteligentes, incorruptibles, votados por el pueblo en medio del mayor orden, para que ayudaran al gobierno en su obra de reconstrucción nacional; y que carlistas y liberales, federales y unitarios, el clero y el ejército, la alta banca y el comercio, la industria y la agricultura, la ciencia y el arte, los patrones y los obreros, el anarquismo y el socialismo, todas, absolutamente todas las clases, y todos, absolutamente todos los individuos, entusiasmados y esperanzados, ayudaran noble y desinteresadamente al afianzamiento y la prosperidad de la República.

La ley respetada, la justicia imperando, el orden inmovible, los perjudicados con el cambio de régimen agra-dados, ningún interés en pugna con otro... ¡qué hermoso, qué sublime sería todo eso!

Ningún republicano disputando por un cargo... Ningún monárquico poniendo obstáculos de ninguna clase á la República... Ningún carlista soñando con su rey... Ningún patrono explotando al obrero... Ningún obrero anhelando comerse la más insignificante partícula de hígado del patrono... Ningún cura predicando nuestro exterminio... Ningún fraile conspirando contra nosotros... El capital ofreciéndose espontáneamente... El trabajo suplicando al capital vir unido á él como los hermanos siameses... ¡qué idílico! ¡qué paradisíaco!

Y si el cielo, regocijado al ver que la Soberbia se había tornado humilde, y la Avaricia generosa, y el Odio amoroso, la Envidia caritativa, la Pereza diligente, y que el interés particular habíase armonizado con el general; si el cielo, repito, regocijado al ver todo eso, acordara también tomar parte en nuestra alegría y quisiera acrecentarla derramando sobre nosotros sus bendiciones, traducidas ora en lluvia oportuna, ora en sol benéfico, ya evitand inundaciones, ya aprisionando aires destructores, ¡qué anticipación más hermosa de las celestiales y eternas venturas!

Garantizadme, ¡oh, queridos correligionarios que veláis por la pureza de la respetable, cuanto fornicada señora doña Democracia! que todo ocurrirá así, y yo renunciaré inmediatamente á mi programa dictatorial.

Pero, permitidme, de no hacerlo, que siga considerándolo como el único capaz de salvar á un país tan desquiciado y tan abatido como el nuestro.

La dictadura

Héme aquí con una idea que, á la altura que hemos llegado, considero la

única viable para traer y consolidar la República.

Si mis correligionarios me dejaran solo, no por esto creería haberme equivocado; lamentaría que no me apoyasen, y seguiría luchando, convencido de que si la República no viene de este modo, no vendrá. Y si por una conjunción de milagros estupendos viniera, sería pronto sustituida por el absolutismo que impondría la reacción clerical.

Pese á los optimismos de algunos, nos encontramos ante este dilema: O se establece una República dictatorial para salvar la libertad, ó se da un golpe de Estado para entronizar la reacción. Y suponiendo que realmente fuese un mal la dictadura republicana, siempre sería un mal menor que el absolutismo monárquico.

He poco á poco explanando este tema. Mientras tanto, y para que no se suponga que esta idea de la dictadura sólo ha brotado en mi cerebro, allá va lo que el señor Pi y Margall dijo años después de la República, al hacer consideraciones sobre las causas que la determinaron:

«Los que la regían eran además débiles, hasta el punto de temer las manifestaciones del pueblo, y harto respetuosos de las leyes *para tiempos en que se hacía necesaria una pasajera dictadura*.»

Desde que el Sr. Pi y Margall escribió eso, los males de España han aumentado en proporción enorme. Y esto explica el que, si él consideró que hubiera salvado la República una *dictadura pasajera* en 1873, yo prediqué una larga en 1905.

Los remedios que al comienzo de las enfermedades pudieran salvar al enfermo, suelen ser ineficaces cuando se agrava.

Por lo tanto, la dictadura tendría que ser ahora más enérgica y de más duración que entonces.

Miedo injustificado

A algunos de mis queridos correligionarios se asustan de la palabra dictadura, olvidándose de que en plena dictadura hemos vivido. Cada cual dentro de su fracción ha sufrido la dictadura de su jefe respectivo; sólo que, por el bien parecer, cada uno se ponía la hoja de parra de un directorio, una junta nacional, ó cualquiera otro organismo. Por lo demás, su voluntad y sólo su voluntad era la que predominaba. Y la prueba es que todo el que disienta en algo de lo que pensaba él, era tratado como rebelde.

¿Y pa á qué aquella dictadura? Para nada revolucionario, ni siquiera grande, ni provechoso siquiera: para mantener el antagonismo entre las masas y tener cada jefe su corte y su partido. Mientras la que yo defiendo es una que impulsiera por la fuerza la República.

¿Que esa República no sería la que cada uno de nosotros había soñado? No; pero sería la República. El que la quisiera tomar como punto de llegada, que

se parase; y el que la considerase como punto de partida, que avanzara.

Por la una á la otra

Sí; hay palabras que asustan, como hay otras que inspiran confianza: á las primeras pertenece la de *dictadura*; á las segundas la de *democracia*.

¡La democracia! Todos los cánticos de alabanza que se le entonen, serán pocos para los que se merece. ¡El gobierno del pueblo por el pueblo! ¿Hay nada más grande ni más justo?

Lo malo es que no hemos dado todavía con el procedimiento para que encarne en la realidad; en España al menos. ¿Pruebas? Basta oír lo que se dice y leer lo que se escribe á propósito de las últimas elecciones hechas *por sufragio universal*, ciclópeo cimiento de la democracia.

¿Que el Gobierno ha apelado á malas artes para ganarlas? Conformes. Mas esto demuestra una de estas dos cosas: ó que no estamos preparados para la vida democrática, ó que somos un pueblo cobarde é indigno. Y como no íbamos á variar de la noche á la mañana por el hecho de cambiar de régimen, de aquí la necesidad por algún tiempo de una dictadura que nos preparara para hacer luego vida democrática.

«Por la dictadura á la democracia, ya que no sabemos ni podemos ir por otra parte.»

He aquí mi lema.

La democracia

No podemos negar que la tenemos en las leyes. Pero entre las leyes y su aplicación media un abismo.

Y no es que lo digamos nosotros, los republicanos; lo dicen los monárquicos. Y lo que es más grave; los propios ministros de la Corona.

Hace pocos días pidió en Zaragoza el Sr. Paraíso al ministro de Agricultura, que exigiera á la Compañía del Norte el cumplimiento de la ley que la obliga á construir el ferrocarril del Canfranc. Y contestó el conde de Romanones, «que esto de hacer cumplir la ley, aunque parece fácil, es muy difícil; porque en España, hasta á los ministros les es muchas veces imposible conseguirlo».

¿Puede presentarse prueba mayor de que vivimos en plena oligarquía, y que, si trajéramos la República, sería indispensable salvarla por la dictadura?

¿Qué otra solución cabe en un país donde hasta los ministros de una monarquía que cuenta con todas las fuerzas coercitivas, confiesan ya que son impotentes para hacer cumplir las leyes?

¿Cómo no estará esto? ¿A qué extremo no habremos llegado? ¿Qué trabazón de intereses bastardos no habrá aquí, cuando se hacen esas confesiones?

¿Y cómo extrañar que, ante el firme convencimiento de que es verdad que todo está ya desquiciado aquí, subver-

tido, corrompido, gangrenado, haya quien pida que, de implantarse la República, se ponga en manos del *cirujano de hierro*, que dijo Costa, para que lave, desinfecte, corte, ligue, arranque, extirpe y queme?

De sentido común

En ninguna de las batallas que viene sosteniendo la democracia desde el año 1854, especialmente desde 1868, ha sido completamente vencida, pero sí ha quedado desorganizada.

¿Qué se hace con todo ejército que se encuentra en esas condiciones? Reorganizarlo, para reñir nuevas batallas hasta alcanzar el triunfo definitivo.

¿Puede organizarse bien en España la democracia dentro del ambiente donde se desorganizó y en manos de los hombres que la desorganizaron? No.

Luego forzosamente hay que ponerla en otras que, sin abandonar ninguno de los principios que constituyen su esencia, los depure y los aplique por otros procedimientos que aquellos cuyos resultados fueron negativos.

Para salvarla, depurarla y purificarla á fin de hacerla entrar en las costumbres, no hay otro remedio que aplicarla desde arriba.

¿Quién tiene poder para ello? Sólo una dictadura nacida de la conjunción del pueblo y del ejército, á cuyo frente se pusiera un militar para garantizar la eficacia de la acción.

Trabajemos, pues, todos los demócratas que no formamos parte de las oligarquías imperantes, por llevar al ejército y al pueblo al convencimiento de que deben establecerla.

Y de lo demás ya se encargarán ellos.

Sinceridad

Ninguno de nosotros, los que pensamos, creemos que la República puede venir por el camino que seguimos; y á muchos nos asaltan ya temores de que, si cayera en ciertas manos, sirviera su venida para fines contrarios á los anhelados.

Elevémonos todos un poco sobre las miserias políticas; pensemos en que urge sacar á España de su postración, fortalecerla y dignificarla; y en que la dictadura franca, fuerte y liberal, es lo único que aquí no se ha ensayado. Todo lo demás lo ha habido y todo ha fracasado.

Hagamos historia.

Desde 1.º de Enero de 1868 acá, ha tenido España estas formas de gobierno:

Monarquía reaccionaria. Gobierno provisional revolucionario. Regencia. Monarquía democrática. República dirigida por republicanos. República dirigida por monárquicos. Monarquía restaurada, y dentro de ésta, gobiernos llamados conservadores, liberales, demócráticos y clericales.

Y lo mismo con un régimen que con otro, con este gobierno que con aquél,

con estos hombres que con aquéllos, España ha vivido en plena oligarquía.

Y pueblo que vive en la oligarquía, no puede esperar la redención sino de un hombre que acabe con ella, ya dentro de la ley, ya fuera de la ley, contra la ley ó sobre la ley.

Que éste pudiera fracasar también, ¿quién se atreverá á negarlo? Pero si tal ocurriera, nos encontraríamos en igual situación que ahora; necesitados de apelar á la fuerza para derrocar la dictadura. Con una ventaja: la de que es más fácil acabar con una dictadura que con una monarquía; la primera no tendría tradición ni intereses creados; la segunda la tiene y los tiene. Y antiguos; y muchos; y grandes.

Y esto no podemos negarlo los que, deseando derribarla, no lo hemos logrado.

Por él, y para él

«¡Pobre pueblo, sometido á una dictadura!»

Se engañarían los que tal dijeran.

La dictadura que yo propago, favorecería principalmente á los de abajo. ¿Por qué? Por ser los de arriba quienes lo monopolizan todo y lo falsean; quienes dejan de pagar lo que adeudan al Estado; quienes utilizan su influencia para torcer las leyes; quienes protegen y amparan á los criminales que les sirven con el nombre de caciques; quienes ocultan la propiedad; quienes, por último, han hecho y hacen cuanto ha contribuido y contribuye á la ruina y postración de España.

A los de abajo, como no tienen nada ya que perder, nada podría quitarles el dictador, aunque quisiera; esto aparte de que todo dictador tiene forzosamente que apoyarse en las clases populares para reventar á los que se comen á la nación, como los reyes se apoyaron en ellas para acabar con los señores feudales.

Los oligarcas, los que explotan al pueblo y roban al Estado, estos son los que tendrían que temer de la dictadura, que no puede confundirse en ningún caso con el despotismo. Su mismo significado se opone á ello:

DICTADOR. Magistrado supremo entre los antiguos romanos, que elegían ó nombraban los cónsules en los tiempos peligrosos de la República para que mandara como soberano.

Quedemos, pues, en que la dictadura sería, en primer término, por el pueblo y para el pueblo.

Casos distintos

¿Que si no pienso en que, predicando la necesidad de la dictadura, la lógica no impondría forzosamente aceptarla si la monarquía la implantase? No; no lo pienso. Por esto:

La monarquía no puede imponer la dictadura. Un golpe de Estado nos llevaría al poder personal, al absolutismo. Y con carácter permanente.

La dictadura, esto es, la concentración de poderes en una sola mano, tiene que ser forzosamente pasajera. Impuesta para un fin concreto, desaparece su necesidad llenado ese fin.

Y la republicana, una vez sepultadas las oligarquías, restablecido el derecho, pulverizada la inmoralidad y robustecido el espíritu de justicia, habría cumplido su misión.

Y entonces sería llegado el momento de que la democracia entrase francamente en escena para legalizar y consolidar su obra.

Hay otra razón para que en la monarquía no quepa la dictadura. Régimen de privilegio, no podría oponer contra los privilegiados, á quienes tienen que dirigirse principalmente los tiros de la dictadura.

Son casos enteramente distintos.

Respuesta anticipada

Me anticipo á deshacer esta objeción: «Ningún demócrata puede aceptar la dictadura, ni aun para hacer triunfar sus ideales.»

¿Cómo que no? Para salvar un pueblo debe prescindirse de los principios, como para la guerra de lo humano, como para curar á un enfermo del alimento; sin que por esto dejen de ser necesarios para la vida del individuo el alimento, para la de la nación lo humano, y para toda agrupación política los principios.

Mas voy á suponer que tienen razón los que tal dicen, y á repetir con ellos: «No; ningún demócrata puede aceptar la dictadura.»

Pero en este caso debemos reconocer que somos unos miserables, sin coraje y sin dignidad, puesto que desde el año 1875 acá venimos soportando mansamente, no una, muchas dictaduras.

La de los gobiernos, que nos han cercenado y nos cercenan a su capricho los derechos consignados en la Constitución.

La de las grandes empresas, que se nos imponen y explotan: Banco, Tabacalera, Transatlántica, Cerillera, Ferrocarriles, Explosivos, Consumos, etcétera, etcétera.

La del clericalismo, que ha convertido á España en un inmenso convento acaparador, y hecho que perdamos las Filipinas.

La del caciquismo, que nos atropella, nos despoja y nos deshonorra.

La de los monopolizadores de todas clases, que han traído la ruina á las poblaciones y la miseria á los individuos.

¿Qué dictador, por tiránico que fuese, podría haber causado más desolaciones y más catástrofe?

Supongamos...

Supongamos triunfante la República, y que los eminentes consagrados se ponían al frente de ella, dispuestos á hacer cumplir las leyes vigentes, hasta que el pueblo, representado en Cortes, las

echara abajo ó las reformase; que tal es su programa.

Supongamos que, abogados antes que gobernantes, y gobernantes primero que revolucionarios, salían por el registro «de los derechos adquiridos, los intereses creados, la ley escrita, la santidad de la cosa juzgada, el respeto á los derechos individuales, anteriores y superiores á toda ley, imprescriptibles é inalienables, y otra porción de timos entre democráticos, conservadores, docentes y forenses, con adornos de constitución inglesa y golpes de krausismo, y dígaseme si á los ocho días de implantada la República quedaba en España una cabeza sana, ni por dentro ni por fuera.

Supongamos que el pueblo se indignaba, se declaraba en abierta rebeldía y pasaba á mayores, haciendo así necesaria la intervención de la fuerza pública, y que, lanzados ya todos en tan funesto camino, se apelaba entonces á la dictadura para salvar el orden, quedando de hecho divorciados el pueblo y el ejército...

Y no supongamos más, porque aquel día quedaría la República herida de muerte, y quien sabe si en peligro la existencia misma de la patria.

Por esto yo, convencido de que irremisiblemente, tarde ó temprano, habría que ir á parar á la dictadura, quiero ver si consigo hacerles comprender á mis correligionarios que se necesitaría proclamarla desde luego, porque sólo así nos salvaría. Impuesta después por exigencias del orden público, no por realizar obra de justicia, la dictadura aceleraría la muerte de la República.

Las Cortes

Aun convocándolas el primer día y abreviando los plazos de costumbre, tardarían en reunirse un mes; el tiempo necesario para que la República se salvase ó se perdiera.

Revolución que se para, revolución muerta; y en aquel mes de inacción (porque si no era de inacción tenía que ser de dictadura), amenizado con algún motín local que otro, si no se lo llevaba todo la trampa, les sobraría tiempo á los enemigos para aprestarse á la lucha.

La guerra civil estallaría, y, una de dos: ó la combatíamos democráticamente, es decir, ineficazmente, ó proclamábamos el estado de sitio en toda la Península. Y hémos aquí ya en dictadura completa.

¿No sería, por lo tanto, más razonable, más práctico y hasta más humanitario proclamarla desde el primer instante, para prevenir el levantamiento, ahorrar vidas y evitar gastos?

Viera el clericalismo que veníamos á pegar de veras, y ya se miraría un poquito antes de lanzarse. Seguramente no se lanzaría.

Por el contrario, advirtiera dudas, vacilaciones, *empachos de igualdad*, de aquellos de que no quería morir O'Don-

nell, y á los quince días no se podría vivir en España.

Nada; que no habría más remedio, antes ó después, que ir á parar á la dictadura.

Dictadura desinfectante

Hay en España una cuestión que, una vez resuelta, variaría por completo su faz: la del catastro.

Se han ensayado varios procedimientos para resolverla, y no han producido los efectos deseados. ¿Por qué? Porque gobiernan, ó influyen en las Cortes muchos de los ocultadores de las fincas.

Con la monarquía ya hemos visto que es imposible resolver esta cuestión vitalísima. Con la República parlamentaria también lo sería. Únicamente la República dictatorial podría resolverla.

¿Cómo? De modo sencillísimo. Publicando un decreto así, detalle más, detalle menos:

«Artículo 1.º Todo español hará dentro del plazo de sesenta días, á contar desde la publicación de este decreto, declaración exacta y fiel de cuanto posea y esté sujeto á tributación en cualquier forma. A la relación acompañará nota de las fincas ó industrias que no tributan, y la fecha desde que las disfruta el actual poseedor. Se entenderá, para todos los efectos, que cada declarante sólo tiene aquello que declara. Si resultare luego con algo más, esto quedará á beneficio del Estado.

Art. 2.º Por las fincas é industrias no declaradas, y por las que hayan tributado menos de lo debido, satisfarán sus propietarios las cuotas correspondientes á los años de ocultación desde que las poseen, con el cinco por ciento de demora, imponiéndoseles además una multa.

Art. 3.º Lo que importen las cuotas y las multas, se destinará proporcionalmente á recoger deuda exterior, crear una marina respetable, poner al ejército en verdaderas condiciones de lucha, fomentar la enseñanza y construir canales y pantanos.

Art. 4.º Todo ciudadano español que, pasado el plazo que se fija, denunciare la ocultación de una finca, tendrá derecho á que se inscriba á su nombre en el registro de la propiedad, una vez comprobada por modo rápido la certeza de la denuncia.

Art. 5.º La medida anterior debe tomarse también, en la forma que más convenga, pero aplicada con igual criterio de justicia, contra todos los que detentan bienes del Estado ó no le pagan lo que le deben.»

Un decreto así sólo podría firmarlo un dictador que contase con el pueblo y el ejército, las dos entidades que saldrían principalmente beneficiadas con él; como saldrían perjudicados los ocultadores, los detentadores y los ladrones de todas clases y categorías.

Estando España infectada de inmor-

lidad, la dictadura republicana sería el único desinfectante eficaz.

Otro decreto

«Artículo 1.º Quedan disueltas desde esta fecha todas las comunidades religiosas en España.

Art. 2.º En el improrrogable plazo de veinticuatro horas después de llegar á cada población este decreto, serán desalojados los conventos, sin permitirle á cada fraile sacar más que el libro de rezo.

Art. 3.º Los municipios se incautarán, bajo inventario, de cuanto exista en los conventos.

Art. 4.º De todas las fincas é industrias que, sabiéndose á ciencia cierta que son de los frailes, aparezcan á nombre de otro, se incautarán también los municipios, enviando relación doble, exacta y detallada, al gobernador civil de la provincia, quien mandará una de ellas al ministerio de la Gobernación.»

Otro decreto

«Artículo 1.º Todo individuo que desee adquirir una finca, tendrá derecho á pedir al Estado que la expropie y se la adjudique, siempre que ofrezca por ella una tercera parte siquiera más del valor que su dueño le hubiera señalado para los efectos de la tributación.

Art. 2.º Para que se le reconozca el derecho indicado, deberá depositar previamente la cantidad en que aprecie la finca que desee adquirir.

Art. 3.º Si el poseedor se aviniere á tributar con arreglo al aumento de precio señalado á la finca por el que aspirase á comprarla, no podrá el Estado proceder á la expropiación.»

Otro decreto

«Artículo 1.º Todo propietario que no cultive las tierras laborables que posea, pagará doble contribución por ellas que por las que cultive.

Art. 2.º Al tercer año de no cultivarlas, tendrán derecho á hacerlo los habitantes del término en que radiquen, sin más que solicitar permiso de los alcaldes respectivos, que harán la distribución de parcelas, y sin tener que retribuir con un céntimo al propietario. Este derecho cesará el año que, después de la recolección de la cosecha sembrada, les avise el propietario de que va á cultivarlas él.

Art. 3.º La contribución deberá pagarla siempre el que cultive las tierras.»

Tampoco estos decretos podría darlos sino una República dictatorial.

Nombre prevenido...

«Que nosotros solos podemos traer la República», se me dice. ¿S? Pues miel sobe hojuelas.

Una República traída por y para el pueblo, hondamente radical, pudiendo hacer tabla rasa de todo porque á sí

propia se bastara y á nadie más que á ella necesitase...

Una República fuerte para infundir respeto dentro y fuera de España, y ofrecer garantías para todo, hasta para el pago de la Deuda exterior...

Una República que surgiera como Minerva armada de todas armas, las de la razón, las de la justicia, las del derecho...

Una República así, sería el sueño de mi vida realizado.

Traedla, traedla pronto, correligionarios...

Mas, creedme: no estorbaría que añadieseis á aquellas armas tan poderosas y tan eficaces, unas cuantas, las más posibles, de las que se fabrican en Trubia, Eibar y Toledo.

Por si acaso aquéllas no surtieran todos los efectos deseados.

No es lo mismo

Hay republicanos que no están conformes con la dictadura, por creer posible hacer aquí lo que se está haciendo en Rusia, sin pensar en las diferencias que existen entre pueblo y pueblo.

Aquí tenemos en la ley (aunque no en la práctica) garantidos todos los derechos. A lí no.

Allí resurge un pueblo á nueva vida. Aquí vamos al fortalecimiento de lo que hace años existe.

Aquí puede decirse que sólo tenemos dos problemas: el económico y el religioso. Allí tienen el económico, el religioso y el político.

Allí el ejército ha mantenido siempre la reacción. Aquí al ejército debemos la libertad.

Aquí no hay tradiciones seculares que echar abajo. Allí sí.

Allí tienen que encender la luz. Aquí que reavivarla.

El camino que están hoy recorriendo allí, frente al ejército, tardamos aquí cincuenta años el siglo pasado en recorrerlo, desde el 20 al 68, ayudados por el ejército; mejor dicho, ayudándole nosotros.

Como se ve, la situación es distinta. Y, sin embargo, ¿qué le está al pueblo ocurriendo allí? Que cae á millares en la lucha, sin poder triunfar de la fuerza armada; lucha que nosotros no deberíamos sostener aquí, aunque pudiéramos, porque el ejército es carne de nuestra carne, ha sacrificado por la libertad más que nosotros, y ha sufrido y sufre hoy como todos las consecuencias de la inmoralidad reinante.

Y por esto me echo á temblar por la suerte de la patria, que tiene que ir unida á la de la República, cada vez que pienso en que, impaciencias generosas ó egoísmos calculados, pudieran ponernos en estos instantes frente al ejército.

Cómo sería

Son ya muchos los que me preguntan si el dictador con que yo sueño sería civil ó militar.

Militar.

Y no podría ser de otro modo, teniendo una misión tan dura que cumplir.

El dictador civil, no pudiendo imponerse por sí solo, necesitaría marchar tan al unísono con el ejército, que parecieran éste y él una cosa misma; es decir, tendría que depender de alguien. El militar no.

En los momentos difíciles, el militar podría disponer de la fuerza sin detalles de trámite. El civil se vería obligado á requerir el concurso de esa fuerza.

El militar no tendría que temer nada del pueblo, una vez que éste lo hubiera proclamado ó aceptado. El civil pudiera temer mucho del ejército, si éste no veía garantida con él su existencia.

El militar infundiría desde los primeros instantes más respeto á todos que el civil. Y la suerte de la República, y acaso la de la nación se jugaría en esos primeros instantes.

Como todos los hombres del republicanismo se hallan muy discutidos y muy quebrantados, el civil no contaría con la autoridad necesaria.

El militar, por el apartamiento de la política en que el ejército ha estado durante tanto tiempo, llegaría al poder libre de todo compromiso. El civil no podría en absoluto sustenerse á las exigencias de partido.

Y tampoco debemos olvidar esto:

Los militares, aun no siendo individualmente mejores que los civiles, nos llevan varias ventajas: el hábito de la disciplina los hace más aptos para el mando; la idea del honor, ayuntada con el espíritu de cuerpo y fortalecida por el amor á la patria, se manifiesta en ellos más viva y potente. Y todo esto infunde confianza y garantiza la unidad de acción.

Creo que si todos los republicanos pensarán detenida, desinteresada y desapasionadamente, acabarían por convencerse de que no hay manera de imponer la libertad y la democracia sino dentro de una dictadura militar. El mismo Sr. Salmerón, al decir que dispondría de la República el que la trajese, ha expresado implícitamente esto mismo. Porque no supongo que haya pensado nunca traerla él.

Queda satisfecha la curiosidad de los correligionarios que me han interrogado; á los que ruego, así como á todos, que se fijen en que, á la altura que han llegado las cosas, y ante los sucesos que se avecinan, la implantación de la República no sería ya cuestión de partido, sino cuestión nacional.

Y en todas las cuestiones nacionales, el primer factor es y debe ser siempre el ejército.

Trozos históricos

He aquí algunos del discurso pronunciado por el Sr. Castelar en el Congreso la noche del 2 de Enero de 1874:

«Pero antes que liberal y antes que demócrata soy republicano, y prefiero la peor de las repúblicas á la mejor de

las monarquías; y prefiero una *dictadura militar* dentro de la República, al más bondadoso de todos los reyes.

El grande, el ilustre pensador que descubrió el cálculo infinitesimal y que adivinó la ley de la gravitación universal, estuvo en su cuna tan falto de toda inteligencia y de paabra como el último de los imbéciles. Y lo mismo ha sucedido á las repúblicas: la griega fué en su origen una oligarquía; la romana un patriciado; las de la Edad Media una lucha entre caballeros feudales y condotieres y gente de municipio; la holandesa, con haber dado la libertad de conciencia y de comercio al mundo, fué el feudo de algunos señores, que luego rigieron los primeros tronos de Europa; la misma república suiza, que hoy se admira tanto, colección de cantones feudales donde mandaban abades y señores, y á veces hasta monjas; la república francesa, la dictadura más sangrienta y más abominable que han conocido los siglos. La misma república de los Estados Unidos no pudo salvarse sino *por diez años de dictadura*; que todos los seres, cuanto más perfectos han de ser en su desarrollo, nacen más imperfectos y más débiles. Por consecuencia, lo que yo deseo es que tengamos la República posible; y lo que quiero y se lo digo en su cara al partido republicano, es que tenga la mayor abnegación posible, que se abstenga cuanto pueda del poder y que imite á aquellos artistas de la Edad Media que después de haber levantado las más maravillosas catedrales, no ponían su nombre en una sola piedra.

¿Sabéis por qué? Porque yo no necesito la adhesión de los republicanos á la República; lo que necesito es que la sostengan los elementos que no son republicanos, ó que lo son poco, y por eso quiero, usando la frase vulgar, *resellarlos* para la República."

Si las intransigencias feroces del señor Salmerón (ese que tan amable se muestra ahora con los catalanistas clericales) no hubieran impedido que la Cámara adoptase las ideas expresadas por Castelar en ese discurso, otra sería hoy la suerte de España.

Dictadura perpetua

Hay una dictadura peor cien veces que pudiera serlo la de la espada, y que viene imponiéndose desde la restauración acá, sin provecho ninguno para el país. Y esa dictadura es la de la palabra; dictadura odiosa, porque es más cobarde y casi siempre a canza por sorpresa lo que no le sería posible en otras lides donde se aquilataran á conciencia y con calma los razonamientos en el crisol de la verdad.

El hombre de gran palabra—y tenemos entre nosotros el ejemplar más precioso,—arrastra sin persuadir, entusiasma sin vencer; y cuando se quiere atajar el mal que ha producido, es tarde ya.

La dictadura de la palabra tiene además el inconveniente de que, como la ejercen tantos y cada cual en provecho exclusivo de su iglesia, introduce tal confusión en los cerebros, que acata por engendrar el escepticismo. Y el escepticismo mata.

Los dictadores de la palabra han de ser los mayores enemigos de la dictadura militar. Ya han comenzado á demostrarlo.

Prueba al canto

Cuanto vieron que el ejército en Barcelona tomó una resolución enérgica impulsado por su honor y su deber, que el pueblo republicano lo secundó, y que todas las guarniciones de España se adhirieron, lo mismo Maura, que Montero Ríos, que los demás caciques máximos, exclamaron á coro:

"No, eso no. El poder que los militares levantarán, no durará ni dos meses."

Lo que pensaban y se callaron, fué esto otro:

"Eso no debe ser; eso sería el fin de todas las oligarquías; eso acabaría con este desconcierto ordenado en que tan hermosamente vivimos; eso desvanecería el conjunto de ficciones legales en que nos apoyamos para gobernar; eso equivaldría á establecer el reinado de la justicia, diosa implacable que pasaría sobre nuestros cuerpos las formidables ruedas de su carro."

¿Qué pensaría el ejército al oír aquello? Que solamente le reconocen los oligarcas el derecho á permanecer cruzado de brazos ante sus antipatrióticos manejos. No contentos con haberle hecho víctima de sus inexplicables errores ó su criminal proceder en Cuba y Filipinas, quieren que aparezca como cómplice suyo en la ruina completa de la nación.

Por esto, dándole al miedo apariencia de indignación, y fingiendo lo que no sienten, amenazan furiosos y prefetizan males que, aun viniendo, resultarían bienes comparados con los que España sufre bajo su dominación.

¿Y el dictador?

Son muchos los republicanos que dicen:

—Bien; yo haría el sacrificio pasajero de mis convicciones, si hubiera un hombre á propósito para dictador. Pero ¿dónde está?

—En cualquier parte. Para que surgiera, bastaría con que cuantos aman su patria, y las víctimas todas de las oligarquías dominantes, lo mismo monárquicas que republicanas, clamasen por él. ¿Quién no se creería con fuerzas y alientos para salvar un país, teniendo por base al pueblo, al ejército por sostén, por medio á la justicia y la patria por norte?

Cualquier hombre medianamente ilustrado y amante de su patria sirve para dictador. Convengamos todos en que debe haberlo, y él aparecerá. Todos los

seres de la creación vinieron á la vida cuando el planeta estuvo en condiciones de conservársela. Y que España está hoy en condiciones de vivir bajo la dictadura, es innegable.

No necesitando hacer otra cosa que justicia, todo hombre de rectitud y buen sentido sirve para dictador. Hacer cumplir la ley cuando no esté en desacuerdo con la justicia, es más fácil que imponer la injusticia aparentando deducirla de la ley. Lo que hay que procurar es hacer opinión en este sentido. Lo demás vendrá por sí sólo.

Hombre de gran voluntad: es lo que necesita ser el dictador. Y si no tenemos ni siquiera uno de éstos en España, ¿qué farsa estamos representando, y para qué luchar? Dejémosnos llevar por la corriente con fatalismo musulmán, hasta que vengan dos ó tres naciones á echar suertes sobre nuestras vestiduras.

Afortunadamente sobrarían hombres para la dictadura. Así los hubiéramos tenido, ó los tuviéramos para la democracia. Si para algo servimos aquí es para dictadores.

Llegue á todos el convencimiento de que el partido republicano está dispuesto á ir á la revolución por la dictadura, sosteniendo seria y enérgicamente al hombre que la ejerza, y habrá varios que se sientan acometidos del noble deseo de unir su nombre á la salvación de España. Preparada bien la tierra, la semilla mediana da frutos excelentes. No estándolo, ni la semilla mejor fructifica.

Además, no se necesita un superhombre para publicar algo parecido á este

DECRETO

Artículo 1.º Desde hoy se *aplicarán* todas las leyes que no hayan sido derogadas por otras.

Art. 2.º El que tuerza, retarde ó falsee la aplicación de alguna, sufrirá la pena correspondiente.

Art. 3.º En aquellos casos en que la ley no alcance á prevenir, evitar ó remediar una injusticia, intervendrá la justicia amparada por la fuerza."

¿Quién no firmaría un decreto así? ¿Y quién no se creería con valor para aplicarlo, contando con el ejército y el pueblo?

El coco

Hay quien supone que el dictador se levantaría todas las mañanas pidiendo que le sirvieran salteados los riñones de Fulano, que se almorzaría los hígados de Zutano y se cenaría los sesos de Perengano; cuando se limitaría decir:

Que devuelva ese las fincas que ha usurpado.

Que declare aquél las que posee.

Que satisfaga el otro lo que al Estado adeuda.

Que se revisen tales expedientes para ver si hubo en ellos lesión para la Hacienda.

Que empapelen á ese juez que ha prevaricado.

Que lleven á la cárcel á aquel gober-

nador que cobra del juego y se come los fondos de la higiene.

Que destierren á ese cura que predica ideas subversivas.

Que salga para Fernando Póo (por algo nos ha quedado) aquel carlista que conspira, acompañado de aquellos catalanistas y aquellos bizkaitarras que dan mueras á España.

Que impongan una multa crecida á aquel ultramarino que roba en el peso.

Que enchiqueren al empleado ese que tomó dinero por resolver un expediente.

Que en sesión publica del Ayuntamiento sea expuísado por ladrón el concejal Prencexo.

Que cumplan fielmente y en todas sus partes las condiciones de sus respectivos contratos las empresas monopolizadoras.

Que desaparezcan todos los organismos inútiles; Consejo de Estado, Diputaciones provinciales, etc.

Que se castiguen con penas duras los delitos y los crímenes cometidos á la sombra de la Caridad en inclusas, hospitales y asilos.

Que archiven en un presidio por un par de años á aquel tahonero que da el pan merchado, sin perjuicio de la multa que se le imponga.

Que supriman por un año el sueldo á tal obispo, por haber atacado la forma de gobierno existente.

Que encierren, por sodomita, al fraile... (Pero, no; esto no, porque no habría frailes.)

A estas y otras pequeneces parecidas se limitaría el dictador, mientras no se sublevaran materialmente los enemigos de la República; porque en este caso...

En este caso, ya tomaría las resoluciones enérgicas que exigiera el bien de la patria, sin contemplaciones ni demoras...

Por sabido se calla, que muchas cosas de las antedichas no iba á hacerlas él, sino los que le ayudaran en su labor de saneamiento moral y material. Mas bastaría saber que él estaba resuelto á que las órdenes de sus inferiores se cumplieran sin réplica ni retraso, para que todo Dios bajase la cabeza. Y si alguno se resistía á bajarla, peor para el que lo hiciera.

Como se ve, ni el dictador se comería los niños crudos, ni cometería una injusticia siquiera; y esto haría que fuese aplaudido y apoyado por todos, menos por los ladrones, los pillos y los malos patriotas que pasan por honrados, y que hoy no pueden castigar los monárquicos por no ir contra ellos mismos, ni mañana podrían los republicanos, por falta de fuerza y sobra de escrúpulos democráticos.

Propaguemos, por lo tanto, la dictadura; una dictadura que viniera á hacer cumplir la ley sin menoscabo de la justicia, y que, en caso de duda, pusiera la justicia sobre la ley.

Temor pueril

Algunos de mis correligionarios dicen que ellos aceptarían la dictadura

propuesta por mí, si no fuera por temor á que, siendo militar el dictador, se impusiera el militarismo.

No comprenden que nada hay que imponga tanto la prudencia como las responsabilidades del poder ó de la representación. Júzguenlo por ellos mismos. El que más y el que menos ejerció de demagogo antes de ir al Congreso. Después... después casi todos se han convertido en *mansos corderos*, según les dijo una vez Sagasta, sin que *berrearan* mucho.

Como nacería y se impondría el militarismo, sería si subieran ellos al poder y perpetraran las majaderías que hacen suponer sus torpezas presentes; pero siendo militar el dictador, y tocando las dificultades del gobernar, y recayendo sobre él las responsabilidades, ¿de dónde sacan que el militarismo levantaría la cabeza? ¿Contra quién se iban á sublevar los que mandaban? ¿Contra ellos mismos?

El militarismo

Esto del militarismo es en España una palabra sin significación alguna. ¿Cuándo ha existido? Nuestros militares se han sublevado muchas veces durante el pasado siglo; las más de ellas para imponer la libertad. Puede decirse que ellos han sido el poder moderador. ¿Pero cuándo se han sublevado para aprovecharse ellos del triunfo? ¿No han puesto siempre el poder en manos de un partido político? Aun estando un general al frente del gobierno, el militarismo no ha imperado. Con Espartero imperó el progresismo, con Narváez el moderantismo, con O'Donnell la Unión liberal, con Prim la revolución, con Martínez Campos el partido conservador. ¿A qué viene, por lo tanto, hablar de militarismo, en un país donde los militares se han sacrificado por centenares para elevar á hombres civiles que representaban diversas tendencias políticas, pero nunca para entronizarse ellos, y cuyos hombres, una vez arriba, le dieron un puntapié á la escalera?

Conversación breve

Y bien—me dijeron las tres personas con quienes yo hablaba.—El partido republicano que usted nos pinta no es el que existe. Y no serían malos tontos los militares que se comprometieran á traer la República, para encontrarse después con que se apoderaban del gobierno los hombres que hoy están en juego, incapaces los unos, sin altura de miras los otros, y algunos especialistas en la bullanga y en el halagamiento de instintos poco recomendables.

—Quienes se engañan—les contesté—son ustedes y los militares que piensen así. El partido republicano no lo componen exclusivamente esos que bullen, que charlan y se agitan; hay muchos hombres de gran valía apartados del movimiento político, por falta de condiciones para elevarse poniendo en

juego ciertos medios. Y hay además una porción de jóvenes inteligentes sin orientación en política, que se vendrían á la República en cuanto amenguase la influencia de esos señores consagrados, que ni saben atraerlos ni les abren camino para avanzar. Respecto á lo de caer el Gobierno en mano de esos hombres, sólo podría ocurrir en el caso de que los militares quisieran que cayese.

—Es que si los militares no les entregaban el poder, el pueblo se pondría frente á ellos; y calcule usted la situación entonces.

—Se equivocan ustedes también en esto. El pueblo anoyaría decididamente al que trajera la República. Está ya cansado de servir de instrumento á esos fantasmones para que vivan y medren dentro de la monarquía.

—Si usted lograra infundir en la mayoría de sus correligionarios esa idea ¡qué fácil sería todo lo demás!

—Lo procuraré. No quiero al morir llevarme el remordimiento de no haber acudido á todos los hombres, ni haber dejado de indicar todos los medios que he creído buenos para restaurar la República que ni serví, ni exploté, ni perdí.

Y no hablamos más.

Limpieza necesaria

Para arreglar á España, bastaría con llevar á la práctica lo que se relata en este artículo de un escritor de gran valía, de rara independencia, y que se cree monárquico y conservador: José Fernández Bremón.

LOS INTERESES CREADOS

«El estrépito era grande; las vigas, sacudidas con fuerza, temblaban como en un terremoto; una nube de polvo enrarecía el aire y quitaba la vista y la respiración. Huían despavoridos los ratones, las moscas salían en tropel por las ventanas, y se refugiaban en las rendijas más estrechas, chinches, arañas, hormigas, cucarachas y polillas.

—¡Ay!—decía una chinche con acento desgarrador.—¿Qué será de mi cría si yo me he salvado con trabajo? La familia se acaba para siempre.

—¿Y la tranquilidad de todos, señores?—repuso una polilla.—Figúrese usted que vivíamos desde tiempo inmemorial en una capa de grana, que nos servía de abrigo y de alimento, y nos han expulsado á garrotazos. Ya no hay propiedad.

—¿Hay nada más respetable que la industria? Pues acaban de destruir en un instante más de cien telas magníficas que representan el trabajo de millares de arañas. ¡Oh, qué tejidos y qué colgaduras han destruido! ¡Malvados!

—Nada de eso vale lo que el túnel de tablas que había construido y han deshecho. Era una obra de arte—dijo un ratón desconsolado.

¡Asesinos! ¡Ladrones! ¡Bárbaros!—decían en sus innumerables idiomas todos todos los perjudicados, zumbando,

aleteando y atronando la casa con sus gritos.

Pero ¿qué ocurre?—gritó desde lejos la dueña de la casa á su criada.

—Nada, señora—respondió la Pepa continuando su tarea;—es que estoy sacudiendo con los zorros el polvo de este guardillón.

Esto es lo que aquí necesitamos. Un hombre que agarre los zorros de la justicia y con mano dura comience á sacudir los *intereses creados* por los insectos y alimañas de la monarquía. Y para esto no hace falta ese hombre excepcional que piden algunos; basta con uno que sepa manejar bien los zorros, alternando con la escoba.

Y diré más: aunque la dictadura militar no hiciera otra cosa que limpiar el guardillón, habría hecho por la honra y el porvenir de España más que todos los gobiernos que se han sucedido desde el 68 acá.

Resumiendo

De todo lo dicho anteriormente, resulta:

Que los gobiernos de la monarquía están corrompidos.

Que los republicanos no cumplimos con nuestro deber.

Que el Parlamento es una comedia y una inmoralidad.

Que el trabajador se muere de hambre ó emigra.

Que la clase media vive en la miseria, engendradora de prostituciones.

Que el caciquismo se impone en todos los terrenos, en el político, en el administrativo, y, lo que es más grave, en el judicial.

Y que se van, por consecuencia de todo eso, borrando hasta las huellas de que aquí hubo honor, coraje y patriotismo.

¿Podemos continuar mucho tiempo de este modo? No.

¿Urge remediarlo? Sí.

¿Puede la monarquía, sostenida por los que á tal estado nos han traído, impedir estos males? No.

¿Podría la República, aplicando desde luego en toda su pureza la democracia, limpiar, sanear y purificar este gran establo de Augías? No.

¿Pues qué otro recurso nos queda sino acudir á un dictador que aplique inexorablemente la ley cuando esté de acuerdo con la justicia, y prescinda de ella cuando no marchen al unísono, hasta que, normalizada la vida nacional en todos los órdenes y aspectos, pueda entrar en funciones la democracia, sin los riesgos que ahora correría?

Apelo á todos los hombres de buena fe, sin distinción de partidos y que pongan sobre sus pasiones é intereses la salvación de España.

Eslabón y pedernal

Vive el partido republicano, como cualquier monárquico, dentro de una porción de mentiras; mentiras que, á

puro repetirlas, hemos llegado nosotros mismos á creerlas. Y hora es ya que esto acabe.

Una de esas mentiras es la de que podemos nosotros solos traer la República y conservarla. Aun cuando lo primero ocurriese por causas fortuitas, lo segundo sería absolutamente imposible. Sin la adhesión franca y completa de una gran parte del ejército, no podríamos hacer nada ni cimentar nada. Como él tampoco podría hacer nada provechoso ni estable sin el pueblo.

Aquí de la fábula de Iriarte:

Al eslabón de cruel
trató el pedernal un día,
porque á menudo le hería
para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
al separarse los dos,
«quedaos, dijo, con Dios,
¿valeis vos algo sin mí?»
Y el otro responde: «Sí,
lo que sin mí valeis vos.»

No lo olviden ni el pueblo ni el ejército. Se necesitan mutuamente.

Si el primero trajere por azar la República, no podría sostenerla sin el segundo.

Si el segundo diera un golpe de Estado absolutista, no podría sostenerlo, porque no le ayudaría el primero.

Para que brote la chispa en la regeneración de España tienen ambos que ponerse en perfecto, leal y duradero contacto.

Los militares

Ni los solicito, ni los llamo, ni los ofendo ofreciéndoles mejorar sus condiciones económicas para atraerlos, como otros hacen. Únicamente les digo:

Si creéis un día que el patriotismo os señala un derrotero, y á él os lanzáis, contad con que influiré cuanto pueda con los correligionarios que en mí confían, para que os ayuden y os secunden.

Lejos de mí la idea de tomar como instrumentos para traer la República, á los que, de hacerlo, tendrían el derecho y el deber de gobernarla.

JOSÉ NAKENS

Enero de 1896.



Otro escándalo

Valiente sobre toda ponderación estuvo el jesuita que predicó durante varias noches en la iglesia de San Juan Bautista (Murcia). Republicanos, liberales, teatros, usos, costumbres, todo lo censuró furiosamente. Hasta llegó á pedir el exterminio ¡pobre de mí! de los que combaten el catolicismo y se oponen al predominio de la Iglesia.

El último día organizó una procesión con mujeres y chiquillos de la huerta y del barrio de San Juan, que se presentaron en actitud retadora, entonando canciones procaces y con banderas de papel de colores y estampas de santos.

Varios jóvenes comenzaron á dar vivas á la libertad, y entonces, hecho un energúmeno, el Loyola respondió con vivas al Corazón de Jesús y al Papa, arrojándose una de palos y bofetadas que daba gusto, y escapando por fin á una de fraile los de la mascarada mística.

Algunas veces pienso en que no debería yo atacar tanto á los clericales. ¿Qué sería de nosotros si no existieran?

Con el hambre que hay por ahí, y la postración que engendra la falta de esperanza en que esto varíe, España parecería un cementerio lleno de cadáveres que se movían y finiquitaríamos por aburrimiento.

Afortunadamente ellos, con sus gritos, sus escándalos, sus brutalidades, amenizan esto un poco, y así vamos pasando la vida, pobres, ignorantes y degradados, eso sí, pero recibiendo coces, repartiendo bofetadas, y...

¡Viva la religión de nuestros mayores!

En el retrete oscuro
de la memoria,
repasaba un amante
pasadas glorias;
yo en el retrete
leo las pastorales,
bolas y breves.

Mosaico clerical

¿Se acuerdan ustedes de aquel famoso P. Busquets, de Reus, religioso de la Sagrada Familia y profesor del colegio de San Pedro, que se dedicaba á la apostólica tarea de corromper á los alumnos? Pues los clericales de Reus consiguieron que el juez de instrucción no admitiese la denuncia; pero se apeló de esto á la Audiencia de Tarragona, y ésta ha dictado auto anulando lo hecho por el tal juez y ordenando que se procese al P. Busquets. ¡Pobrecillo!

Otro que tal. El Tribunal de apelación de Luxemburgo ha condenado á siete años de presidio al cura Saux de Medernach por corrupción de *treinta y siete niños*, todos menores de diez años. ¡Ave María Purísima!

En Hungría hay un obispado, el de Nagy-Verad, cuyas fincas propias tienen la extensión de 187.193 hectáreas y además una renta anual de *seis millones de francos*. (¿Quién pescara esta mitra, señor Laguarda!) Estaba vacante, y como la tajada era tan soberbia, se han desarrollado entre los candidatos las escenas más vergonzosas y las intrigas más violentas; por fin ha triunfado el obispo Gyor, conde de Grescen, con el compromiso de dar todos los años un millón para el dinero de San Pedro. ¡Bah! También yo lo daría, y que la santa *simonía* me perdonase.

Las damas clericales de Viena que impidieron hace años el que se representara en aquella ciudad *Electra*, de Galdós, han querido repetir la suerte con la obra del dramaturgo belga Emilio Verhaeren, titulada *El convento*, que obtuvo un éxito asombroso en Alemania, Francia y Bélgica; pero la Sociedad de autores austriacos se opuso enérgicamente á tales manejos y *El convento* es aplaudido todos los días. Lo mismo ha sucedido con la obra del poeta tirolés Carlos Schöuber, *Fe y Patria*, que pone al desnudo la hipocresía clerical.

En Carleone (Sicilia) ha sido asesinado el cura párroco Salvatore Cutrone, quien, en complicidad con sus vicarios y con testamentos falsos, había arruinado á más de noventa y dos familias. Percances del oficio.

El ruido que en Francia metió Mirbeau con su obra y Pérez de Ayala entre nosotros, descubriendo las feas intimidades del sistema educativo de los Jesuitas, lo está ahora metiendo en Alemania el conde de Hoensbroe con su libro *Catorce años de jesuita*. Las escenas del noviciado son magníficas y las intrigas y pasiones que bullen en las mansiones de los buenos Padres están descritas de mano maestra. El conde recibe innumerables invitaciones para que dé conferencias acerca de lo que ha visto y oído en la Compañía.

El movimiento religioso que acaudilla en Austria los llamados *Fuera Roma!* es cada día más importante, y en Alemania centenares de familias católicas se pasan al protestantismo. Un detalle: en 1910, en Sajonia, se salieron de la Iglesia católica 906 personas é ingresaron en ella 47. Los progresos del catolicismo en Alemania son una pura fábula, como lo es la *catolicidad* de la Iglesia romana. Todos los ritos católicos juntos no llegan á 220 millones de adeptos; en cambio, los musulmanes cuentan con 250 millones, los protestantes con 150 y los budistas con 550 millones. De modo que eso de la *Iglesia universal*... ¡magras!

En Krems (Austria) ha sido encarcelada una religiosa llamada Isabel, la cual, después de haber dado á luz un niño, fruto de sus amores con un joven enfermero del hospicio de ancianos, lo destrozó y lo arrojó á un pozo. La religiosa ha confesado su delito y ella y su amante están presos. ¡Que la Inmaculada Concepción les proteja!

El sacerdote Secundino Lonomaco, de 38 años, italiano, ha sido condenado á un año de prisión por el tribunal de Teramo, por violación de domicilio de la familia di Pardo, en cuya morada entró de noche, y estando sola la joven Gioconda, intentó con ella no sé qué fechorías.

El Congreso de los profesores de Universidades alemanas, suizas y austriacas que se ha celebrado en Leipzig

ha aprobado por unanimidad excluir del profesorado á todos los que hayan prestado el juramento antimodernista ordenado por Pío X, por ser contrario al libre y sincero examen de los problemas científicos.

En Girgenti (Italia) se ha celebrado una solemne procesión y suntuosos cultos expiatorios. ¿Saben ustedes por qué? Pues porque el diputado anticlerical Podrecca dió en aquella población una conferencia con este título: «El marido del ama, ó sea el sacerdote.» Por poco se acaloran los neos de Girgenti.

Ha sido siempre práctica de la Santa Sede nombrar cardenales á todos los nuncios después que han ejercido cinco años este cargo. Pío X ha abolido esta costumbre, y una nueva prueba de ello es que no hay cardenal al exnuncio de Viena. En la actualidad hay vacantes veinte capelos, y el Papa juzga que con los cincuenta cardenales actuales ya son bastantes. De estos cincuenta, veintinueve son italianos y veintuno extranjeros. En Roma residen veinte, de los cuales tres pasan de los ochenta años y nueve de los setenta. Por nuestra parte pueden suprimir todo el Sagrado Colegio, que nada nos importa.

Delante del tribunal de Rovereto (Trento) ha comparecido sor Clarisa (en el mundo Herminia Letsca), acusada de haber martirizado á varias niñas recogidas en el asilo anejo al convento de las Monache Blanche. La monja niega los hechos que se le imputan y confiesa que sólo ha *pellizcado* á las niñas; pero éstas citan casos y escenas de malos tratos realmente espantosos. A pesar del apoyo que prestan los clericales á sor Clarisa, se espera que ésta vaya á dar con sus huesos en la cárcel. Italia no es España.

Los neos de todos los países están haciendo en todas sus publicaciones una guerra sin cuartel á la Exposición de Roma y á los festejos que se han de celebrar en honor de la ciudad italiana. En todo esto sólo ven un insulto al Papa y un regocijo por la pérdida de su poder temporal y no dejan piedra por mover á ver si logran que el fracaso sea el resultado de estas fiestas y que el Vaticano aparezca como triunfador. Así lo han comprendido todas las naciones cultas, que se apresuran á dar á Italia elocuentes testimonios de su simpatía. Si el papado se empeña en jugar todavía á los reyes temporales se pondrá todavía más en ridículo que lo que está. Por lo pronto, se ha dicho que en el Vaticano se guardará luto un año y no se recibirá la visita de ningún soberano, sea ó no católico. La noticia ha hecho temblar de espanto á todas las testas coronadas.

El Ayuntamiento de Frejüs (Francia) ha negado al obispo Guillebert, intrasigente y mal francés, el alquiler del edificio que hasta ahora fué su palacio episcopal. En cambio, unos amigos de este monseñor han puesto á su disposición un grandioso inmueble en Tolon

para que resida allí, todo esto con gran regocijo de los vecinos de Frejüs, que al fin se ven libres de ese huésped molesto, que, por lo visto, sabe hacerse muy poco simpático.

El tribunal de Charolles (Francia) ha multado á 25 monjitas del Niño Jesús que con disimulo habían reconstituido su disuelta Congregación, y también ha sido castigada la dueña de la casa donde éstas habían establecido su nido.

El Obispo de Limburg ha suspendido al profesor Michels por negarse á prestar el juramento antimodernista. Esto plantea un conflicto serio entre Prusia y el Vaticano, porque precisamente estos días el ministro de Cultos declaraba en la Cámara que ningún catedrático puede ser obligado á prestar juramento. Varios sacerdotes ilustrados de Baviera se han querellado ante el gobierno contra el obispo de Augsburgo por haber dado curso á la encíclica antimodernista de Pío X sin obtener el *placet* regio, según ordena la Constitución del reino de Baviera.

Además, el sabio arqueólogo y catedrático de la Universidad de Viena, explorador de la Arabia, fray Musil, de la Orden Barnabita, ha rehusado también prestar su juramento; de modo que eso del modernismo produce conflictos á millares á la Iglesia.

En Dolores (Córdoba, Argentina) los curas Chacón y Rodríguez se han liado á estacazo limpio por cuestión de faldas, teniendo que intervenir la policía. En el periódico local *El Siglo* el P. Rodríguez cuenta unos líos y saca á la luz unos trapos tan sucios de su colega, que la población se baña en agua de rosas. ¡Son deliciosos estos clérigos!

FRAY GERUNDIO

No fíes en los curas
aunque prometan,
que ellos tiran de caña
por ver si pescan;
para los *cuervos*
las misas son las cañas,
la gloria el cebo.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

IMPRENTA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 51